

E. M. CIORAN

SOBRE FRANCIA



Lectulandia

Un libro, inédito en castellano, inquietantemente profético y de una actualidad rabiosa, que describe el más preciso de los síntomas de una muerte anunciada, la de nuestra civilización occidental.

«Era la época de la guerra. Cioran estaba en París. Escribió con grandes trazos *1941* en su manuscrito, que tituló *Sobre Francia*, pensando en los moralistas del siglo XVIII, tal vez presintiendo ya que un día sería uno de ellos. ¿Acaso no esbozó su retrato premonitorio cuando los comparó con los grandes creadores extranjeros? Extraño libro. Aunque aparentemente dedicado a la decadencia de Francia, es en realidad un himno a ella. Cioran escribió, aún en rumano, pero en Francia, una oda a ella, amada incluso en su caída, que no podría carecer de grandeza por lo muy grande que fue. ¿Eran Inglaterra, Alemania, la propia Rusia, más fuertes? Seguramente, pero su corazón latía por Francia. El Cioran nuevo llegó tan deprisa, tan bruscamente, que nos preguntamos qué misterio puede ocultarse tras esa fecha: *1941*».

Lectulandia

E. M. Cioran

Sobre Francia

ePub r1.0

Titivillus 01.07.18

Título original: *De la France*
E. M. Cioran, 2009
Traducción: Carlos Manzano
Digitalizado: walter_lombardi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La metamorfosis

Era la época de la guerra. Cioran estaba en París. Escribió en lápiz, con grandes trazos muy marcados, «1941», como habría podido escribir «FIN» en su manuscrito, este texto que tituló *Sobre Francia*, pensando en los moralistas del siglo XVIII, tal vez presintiendo ya que un día sería uno de ellos, aunque sólo fuera por el estilo, que en este caso es «contenido». ¿Acaso no esbozó su retrato premonitorio cuando los comparó con los grandes creadores extranjeros?

Extraño libro, éste. Aunque aparentemente dedicado a la decadencia de Francia, es, en realidad, un himno a ella, un himno de amor. Si bien la palabra *decadencia* reaparece a menudo, para explicar que Francia carece ya de futuro porque *ha dado demasiado*, durante tanto tiempo, más que ningún otro país del mundo (la derrota había pasado por allí, Cioran vio —«momento tan dramático^[1]»— a los alemanes subir por el bulevar Saint-Michel), los elogios son más numerosos, más variados, más regulares: Francia es «la provincia ideal de Europa», en la que vive «un pueblo *abrumado por la suerte*», «un pueblo que durante siglos fue la sangre de un continente y la gloria del Universo»; «cuando Europa esté cubierta de sombras, Francia seguirá siendo su tumba *más viva*». Y por último: «¡Qué grande fue Francia!».

Un libro inesperado. Unos años antes, en Berlín, Cioran admiraba sin reservas la disciplina y la pujanza nazis y, mira por dónde, sin decirlo explícitamente, se pone, también sin reservas, a favor de lo opuesto: del vencido contra el vencedor. Es que «Francia prefigura el destino de los demás países», porque «Europa necesita, después de tanto fanatismo, una oleada de dudas...». Ahora bien, ¿quién podría proporcionársela mejor que el escepticismo francés? Pero también y sobre todo porque en adelante Cioran se identificaría con Francia, algo en él, más fuerte que él, lo *afrancesó*: tal vez se le reprochaba, pero lo *quería* inconscientemente. «Comprendo muy bien a Francia por todo lo podrido que hay en mí», escribe.

Un libro kafkiano, éste. Cioran, el antisemita de antes, estaba cambiando de piel. El judío se volvió su hermano en el sufrimiento. «*Sólo los pueblos que no han vivido no decaen... y los judíos*», subraya. «Nosotros, encadenados en nuestros destinos aproximados (...)\", añade, «que sufrimos experiencias y alienaciones... como pobres judíos librados de las tentaciones mesiánicas. Todos los países fracasados comparten el equívoco del destino judaico: los corroe la obsesión del implacable

incumplimiento».

El libro bisagra de Cioran. Escribió, aún en rumano, pero en Francia, una oda a ella, amada incluso en su decadencia, en su fin, en su caída, que no podría carecer de grandeza, por lo muy grande que fue. ¿Eran Inglaterra, Alemania, la propia Rusia, más fuertes? Seguramente, pero su corazón latía por Francia. La larva de antes era ya crisálida: en el futuro la *imago* alzaría el vuelo en las letras francesas y la *Decadencia* pasaría a ser *Podredumbre en un Breviario* magistral. El Cioran nuevo llegó tan deprisa, tan bruscamente, que nos preguntamos qué misterio puede ocultarse tras esa fecha: 1941.

Alain Paruit

Nota biográfica

Sobre Francia, texto decisivo, escrito durante el año 1941, es un mundo en sí, un libro totalmente aparte en la obra de Cioran, tanto por el tono, que ya no es completamente rumano ni totalmente francés aún, como por su contenido, en el que la historia personal de Cioran, quien sólo contaba treinta años, aparece implícita tras el comentario. Acababa de abandonar definitivamente su país natal, al que nunca regresaría, y en adelante se inclinó por entero y con pasión hacia Francia.

En el mes de marzo de 1941, el joven ensayista —que ya había publicado en su país cinco libros clamorosos^[2], algunos de los cuales habían escandalizado tanto por su tono vindicativo y apasionado como por el tema abordado— fue nombrado consejero cultural en la embajada de Rumania ante el Gobierno de Vichy. La realidad es un poco más sombría: Cioran huyó de Bucarest en el momento de las represalias ejercidas por el general Antonescu contra los legionarios de la Guardia de Hierro y sus amigos. Ahora bien, aquel mismo año Cioran escribió *Retrato del capitán*, que se emitiría radiofónicamente a escala nacional. Aquel elogio de Zelea Codreanu, dirigente de la Guardia de Hierro, asesinado por orden del rey Carol II, dos años antes, volvió demasiado visible a Cioran, quien logró escapar por los pelos. Su hermano Aurel, al que estaba —y seguiría toda su vida— muy unido, sería encarcelado.

Se cansó de las funciones diplomáticas y muy rápidamente desertó de las oficinas de la embajada. Su notorio absentismo irritó a los servicios del ministerio rumano del Interior, que se propusieron deshacerse de él lo antes posible y sin siquiera abonarle su último salario, pero el joven ensayista ya había encontrado en París otra ocupación con horario fijo «de funcionario» en la terraza del café Les Deux Magots, mucho más interesante, que le permitía observar *in vivo* a aquel pueblo que le fascinaba y lo atraía desde siempre. «¡Qué reparador me habría resultado estar a la sombra de la sabiduría irónica de Madame du Deffand, tal vez la persona más clarividente de aquel siglo!».

En 1937, siendo titular de una beca (mantenida hasta 1944) del Instituto Cultural Francés de Bucarest, se había matriculado para acabar en él su tesis de licenciatura sobre Bergson en la Sorbona, pero no tardó en substituir ese establecimiento de la Rue des Écoles por los cafés parisinos y después por un largo periplo en bicicleta por Francia, durante el cual se alojó en hostales de juventud y conoció a franceses de orígenes sociales muy diversos. Cioran, acomplejado por sus orígenes, «procedente

de tierras primitivas, del submundo de Valaquia, con el pesimismo de la juventud», se embebió de la atmósfera refinada de París, se extasió con la innegable perfección de aquella civilización y escrutó todas sus señales de decadencia.

Sobre Francia es también un texto inquietantemente profético, de una actualidad rabiosa, que describe con detalle el más preciso de los síntomas de una muerte anunciada, la de nuestra civilización occidental. «¿Cuándo inicia una civilización su decadencia? Cuando los individuos empiezan a tomar conciencia, cuando no quieren seguir siendo víctimas de los ideales, las creencias, la colectividad. Una vez *despertado* el individuo, la nación pierde su esencia y, cuando todos despiertan, se descompone. Nada hay más peligroso que la voluntad de no ser engañado».

Sobre Francia

No creo que me interesaran los franceses, si no se hubieran aburrido tanto a lo largo de su historia, pero su aburrimiento está desprovisto de infinito. Es el *aburrimiento de la claridad*. Es el cansancio de las cosas *entendidas*.

Mientras que entre los alemanes las trivialidades están consideradas la esencia *honorable* de la conversación, los franceses prefieren una mentira *bien dicha* a una verdad mal formulada.

Todo un pueblo enfermo de *depresión*. Ésa es la palabra más frecuente tanto en la alta sociedad como en la baja. La *depresión* es el hastío psicológico o visceral; es el instante invadido por un vacío sufrido, sin motivo, mientras que el hastío es la prolongación *en la esfera espiritual* de un vacío inmanente del ser. En comparación, *Langeweile*^[1] es sólo una falta de ocupación.

El siglo *más francés* es el XVIII. Es el salón convertido en universo, es el siglo de la inteligencia con encajes, de la finura pura, de la artificialidad agradable y hermosa. Es también el siglo que más se aburrió, *que dispuso de demasiado tiempo*, que sólo trabajó para pasar el tiempo.

«¡Qué reparador me habría resultado estar a la sombra de la sabiduría irónica de Madame du Deffand, tal vez la persona más clarividente de aquel siglo!». «Sólo encuentro en mí la nada y tan malo es encontrar la nada en uno mismo como afortunado sería haber permanecido en ella». En comparación, Voltaire, su amigo, que decía «nací muerto», es un bufón sabio y laborioso. La nada en un salón, ¡qué definición del *prestigio*!

Chateaubriand, aquel francés británico como todo bretón, da la impresión de una trompa rugiente junto a las efusiones *en sordina* de la implacable Señora. Francia ha tenido el privilegio de contar con mujeres inteligentes, que introdujeron la coquetería en el ingenio y el encanto superficial y delicioso en las abstracciones.

Una agudeza vale tanto como una revelación. Una es profunda, pero no puede expresarse, la otra es superficial, pero lo expresa todo. ¿Acaso no es más interesante realizarse en la superficie que desarmarse con la profundidad? ¿Dónde hay más cultura? ¿En un suspiro místico o en un «chiste»? En este último, naturalmente, aunque una respuesta alternativa sea la única válida.

*

¿Qué ha amado Francia? Los estilos, los placeres de la inteligencia, los salones, la razón, las pequeñas perfecciones. La expresión precede a la naturaleza. Se trata de una cultura de la forma que cubre las fuerzas elementales y extiende sobre todo brote pasional el barniz bien pensado del refinamiento.

La vida —cuando no es sufrimiento— es juego.

Debemos estar agradecidos a Francia por haberlo cultivado con maestría e

inspiración. De ella he aprendido yo a no tomarme en serio, salvo en la obscuridad, y, en público, a burlarme de mí mismo. Su escuela es la de una despreocupación saltarina y perfumada. La tontería ve por doquier objetivos; la inteligencia, pretextos. Su gran arte estriba en la distinción y la gracia de la superficialidad. Dedicar el talento a cosas insignificantes —es decir, a la existencia y las enseñanzas del mundo— es una iniciación a las dudas francesas.

Conclusión del siglo XVIII, aún no mancillada por la idea de progreso: el Universo es una farsa del espíritu.

*

Podemos creer en lo que queramos, podemos edificar divinidades ante las que prosternamos u ofrecer sacrificios. Proceden del exterior, son absolutos exteriores. La verdadera divinidad del hombre es un criterio que lleva en la sangre y mediante el cual juzga todas las cosas. Desde qué ángulo juzgar la naturaleza, conforme a qué imperativo psicológico seleccionar los valores: ése es el absoluto efectivo, en comparación con el cual quien predica la fe es pálido e insípido.

La divinidad de Francia: el *gusto*, el buen gusto, según el cual, el mundo —para existir— debe gustar, estar bien hecho, consolidarse estéticamente, tener límites, ser un encantamiento de lo aprehensible, un dulce florecimiento de la finitud.

Un pueblo de buen gusto no puede amar lo sublime, que no es sino la preferencia del mal gusto elevado a la monumentalidad. Francia considera todo lo que supera la *forma* una patología del gusto. Su inteligencia tampoco admite lo trágico, cuya esencia se niega a ser *explícita*, como lo sublime. Por algo Alemania —*das Land der Geschmacklosigkeit*^[2]— ha cultivado los dos: categorías de los límites de la cultura y del alma.

*

El gusto se sitúa en los antípodas del sentido metafísico, es la categoría de lo visible. Incapacitado como está para orientarse en el embrollo de las esencias, alimentadas por la barbarie de la profundidad, mima la ondulación inmediata de las apariencias. Lo que no encanta al ojo carece de valor: ésa parece ser su ley. ¿Y qué es el ojo? El órgano de la superficialidad eterna —la búsqueda de la proporción, el *miedo* a la falta de proporción— define su avidez por los contornos observados. La arquitectura, adornada conforme a la inmanencia; la pintura de interiores y el paisaje, sin la sugerencia de las lejanías intactas (Claude Lorrain: un Ruysdael de salón, avergonzado de soñar); la música de la gracia accesible y del ritmo medido, otras tantas expresiones de la proporción, de la negación del infinito. El gusto es belleza sopesada, elevado a refinamiento categorial. Los peligros y las fulminaciones de lo

bello le parecen monstruos; el infinito, una caída. Si Dante hubiera sido francés, sólo habría descrito el Purgatorio. ¿Dónde habría encontrado en sí mismo suficiente fuerza para el Infierno y el Paraíso y bastante audacia para los suspiros extremos?

*

El pecado y el mérito de Francia estriban en su sociabilidad. Las personas parecen estar hechas exclusivamente para reunirse y hablar. La necesidad de conservación proviene del carácter acósmico de esa cultura. Ni el monólogo ni la meditación la definen. Los franceses han nacido para hablar y se han formado para debatir. Si se los deja solos, bostezan, pero, ¿cuándo bostezan en sociedad? Ése es el drama del siglo XVIII.

Los moralistas denostan al hombre en sus relaciones con sus semejantes; no se han elevado a esa condición en cuanto tal. Por esa razón, no pueden superar la amargura y la acritud... y tampoco la anécdota. Deploran el orgullo, la vanidad, la mezquindad, pero no sufren por la soledad interior de la criatura. ¿Qué diría La Rochefoucauld en medio de la naturaleza? Pensaría sin lugar a dudas en la duplicidad del hombre, pero no sería capaz de concebir qué sinceridad se oculta en el escalofrío del aislamiento que lo recorre en esos instantes de soledad metafísica. Pascal es una excepción, pero hasta él —hasta el más *serio* de los franceses— la oscilación entre el monasterio y el salón es evidente. Es un hombre de mundo obligado por la enfermedad a ser francés ya sólo por su forma de formular las cosas. En su resto de salud, no se distingue de los demás moralistas. Si le suprimimos Port-Royal, sólo nos queda un *conversador*.

Si aún en la actualidad leemos a los moralistas romanos de la decadencia, es porque ahondaron en la idea de destino y la emparentaron con las deambulaciones del hombre en la naturaleza. En los moralistas franceses —y en todos los franceses— no la encontramos. No han creado una cultura trágica. La razón —que, por lo demás, es menos ella misma que su *culto*— ha apaciguado la agitación tormentosa de nuestro fuero interior, que, por ser irresistible y perjudicial para nuestra quietud, nos obliga a pensar en el destino, en su falta de piedad para nuestra pequeñez. Francia está desprovista de la faceta irracional, de la posible fatalidad. No ha sido un país desgraciado. Grecia —a la que envidiamos por su armonía y su serenidad— sufrió el tormento de lo desconocido. La lengua francesa *no soporta* a Esquilo. Éste es demasiado potente. En cuanto a Shakespeare, suena en ella dulce y bonito, pese a que, después de una lectura de Racine, *Hamlet* o *Macbeth* parecen prender fuego al verso francés: como si el tumulto y la pasión de las palabras incendiaran la lengua. El infinito carece de lugar en el paisaje francés. Las máximas, las paradojas, las notas y las tentativas, sí. Grecia era más compleja.

Es una cultura *acósmica*, no *sin* tierra, sino *por encima* de ella. Sus valores tienen raíces, pero se articulan por sí mismos: su punto de partida, su origen, no cuentan.

Sólo la cultura griega ilustró ya ese fenómeno del distanciamiento de la naturaleza... no alejándose de ella, sino logrando una suavización armoniosa del espíritu. Las culturas acósmicas son culturas abstractas. Están privadas de contacto con los orígenes y también con el espíritu metafísico y la impugnación *subyacente* de la vida. La inteligencia, la filosofía, el arte franceses pertenecen al mundo de lo comprensible y, cuando lo presentan, no lo *expresan*, al contrario que la poesía inglesa y la música alemana. ¿Francia? El rechazo del misterio.

Se parece más a la Grecia antigua, pero, mientras que los griegos combinaban el juego de la inteligencia con el aliento metafísico, los franceses no han ido tan lejos, no han sido capaces —ellos, que gustan de las paradojas en la conversación— de vivirlo como situación.

Dos pueblos: los más inteligentes bajo el sol.

La afirmación de Valéry según la cual el hombre es un animal nacido para la conversación es evidente en Francia e incomprensible en otros lugares. Las definiciones tienen límites geográficos más estrictos que las costumbres.

*

Los países —lamentablemente— existen. Cada cual cristaliza una suma de errores denominados valores, que cultiva y combina y a los que da curso y validez. Su totalidad constituye la individualidad de cada uno de ellos y su orgullo implícito, pero también su tiranía, pues pesan inconscientemente sobre el individuo. Sin embargo, cuanto más dotado está éste, más se distancia de su presión. No obstante, como *olvida* —ya que vive— las deficiencias de su identidad personal lo asimilan a la nación de la que forma parte. Por eso, incluso los santos tienen carácter nacional. Los santos españoles sólo se parecen a los santos franceses o italianos en la *santidad* y no en los accidentes reveladores de su biografía particular, y conservan un acento identificable, que nos permite atribuirles un origen.

Cuando hablamos de Francia, ¿qué hacemos? Describimos los fecundos *errores* cometidos en determinada parcela de terreno. Apoyarlos u oponerse a ellos significa acostumbrarse a ellos o deshacerse de ellos.

*

En dos ocasiones alcanzó la grandeza: en la época de la construcción de las catedrales y en la de Napoleón, es decir, en dos momentos *ajenos* a su genio específico. Las catedrales y Napoleón, ¡nada hay menos francés imaginable! No obstante, el pueblo vibró: cargó con las losas en la Edad Media y cayó a los pies de las Pirámides o en el Berezina.

Los franceses crearon el estilo gótico, de esencia germánica, y en el plano militar

siguieron al último representante del Renacimiento italiano. Así, se superaron en dos ocasiones; superaron su consumada perfección mediante el contacto con dos inspiraciones de naturaleza extranjera. En la creación gótica salpicó la sangre de los francos, el elemento germánico; en las campañas napoleónicas, el genio mediterráneo de las expediciones.

Fuera de esos momentos, Francia se ha contentado consigo misma: ni lenguas extranjeras ni importaciones de cultura ni curiosidades inspiradas por el mundo. Ése es el defecto glorioso de una cultura perfecta, que encuentra en su ley su única forma de vida.

Un país feliz en su espacio, con personalidad geográfica bien definida, lograda incluso en el plano físico. Nada despiadado hay en su naturaleza y *ningún gran peligro en la sangre*. Impuso una forma a los elementos germánicos de su estructura, cortó su impulso y los redujo a la horizontalidad. Por eso, el gótico francés es más delicado, más humano y más accesible que el alemán, que ataca a las alturas como un ultimátum vertical dirigido a Dios. En cierta medida, las catedrales francesas son compatibles con el buen gusto. No abusan de la arquitectura: no la comprometen con la búsqueda del infinito. Nos encontramos ante *un pueblo de la inmanencia*, que creó el género inimitable de los detalles sutiles y reveladores de la existencia *en el mundo*: el ornamento. Así, nada hay más francés que un tapiz, un mueble, un encaje o, en el plano arquitectónico, una casa solariega o un palacete. Un soplo de minueto recorre, suave y liso, una civilización feliz.

Sólo ha podido ser *original con* esos productos intimistas. Cuando quedaron desgastados, había agotado una buena parte de sus posibilidades. La decadencia no es otra cosa que la incapacidad para seguir creando, en el círculo de valores que nos definen.

En el siglo XVIII, Francia llevaba la batuta en Europa. Desde entonces, no ha ejercido ya otra cosa que su *influencia*. El simbolismo, el impresionismo, el liberalismo, etcétera, son sus últimos contactos *vitales con* el mundo, antes de hundirse en una ausencia fatal.

*

Una civilización feliz. ¿Cómo no iba a serlo, si no conoció la tentación de las partidas? Si no hubiera sido por Napoleón, que llevó a los franceses por el mundo, éstos habrían seguido siendo la provincia ideal de Europa. Fue necesario que desembarcara de su isla para agitarlos un poco. Supo dar un contenido imperialista a su *vanidad*, también llamada *gloria*. Tal vez sea ésa la razón por la que todas esas expediciones son indisociables de la literatura. Se batieron para tener algo que contar. No tenían necesidad alguna de la gran aventura, sólo pretendían ser grandes *ante París*. Carecen de la enfermedad del viaje, sólo tienen la del hogar, del salón o la propiedad: sobre todo esta última.

Un Joachim du Bellay, que añoraba en Roma «la dulzura angevina», que se sentía lejos de su pueblo y de los suyos en la Ciudad Eterna, ¡qué ejemplo tan significativo! O Baudelaire, aterrado por el miedo al aburrimiento y a la influencia de los poetas ingleses, que cantaba a las partidas, pero, ¡incapaz de huir del Barrio Latino! En su juventud, la nostalgia de París lo movió a interrumpir su viaje a la India.

Los franceses sacrificaron el mundo a Francia. ¿Qué iban a hacer en el extranjero? Por lo demás, ¿acaso no han sacrificado tantos extranjeros su país por París? Tal vez en eso estribe la explicación indirecta de la indiferencia y del provincianismo franceses, pero esa provincia constituyó en un tiempo el contenido espiritual del continente. Francia —como la Grecia antigua— ha sido una provincia *universal*. Son también los únicos países que utilizaron el concepto de *bárbaro*, la calificación negativa del extranjero... con lo que expresaban simplemente la negativa de una civilización bien definida a abrirse a la *novedad*. Uno de los vicios de Francia ha sido la esterilidad de la perfección, que nunca se manifiesta tan claramente como en la *escritura*. La preocupación por formular bien, no desgraciar la palabra y su melodía y concatenar armoniosamente las ideas: ésa es una obsesión francesa. Ninguna cultura ha estado más preocupada por el estilo y en ninguna otra se ha escrito con tanta belleza, a la perfección. Ningún francés escribe irremediamente mal. Todos escriben bien, todos ven la forma antes que la idea. El estilo es la expresión directa de la cultura. Podemos encontrar los pensamientos de Pascal en todo sermón y en todo libro religioso, pero su forma de formularlos es única; su genio es indisociable de ella. Es que el estilo es la arquitectura del espíritu. Un pensador es grande en la medida en que *expone* bien sus ideas; un poeta, sus palabras. Francia tiene la clave de esa exposición. Por eso ha producido multitud de talentos. En Alemania, hay que ser un genio para expresarse impecablemente, ¡y aun así...!

Quien no conoce la clave puede tener todas las intuiciones posibles, pero permanece al margen de la cultura. El estilo es la maestría de la palabra y dicha maestría lo es todo. En el mundo del espíritu, las verdades vulgarmente expresadas no persisten, mientras que los errores y las paradojas envueltos en encanto y duda se instalan en la cuasi eternidad de los valores: sabido es que estos últimos son simples palabras que consentimos con un sentimiento de respeto vago o preciso, según las circunstancias y nuestro humor.

No debemos sentir por la cultura el entusiasmo fácil y reversible de los ignorantes. Goza de todas las ventajas de la irrealidad. En cuanto deja de ser venero de encanto, se deshilacha y flota. Sus valores son, en su esencia, copos abstractos de los que suspendemos nuestras pobres exaltaciones. La cultura es una comedia que nos tomamos en serio. Por eso, no debemos exagerar sus méritos. Lo que *es* la supera y sólo raras veces se revela a nuestra inquietud, situada mucho más arriba.

Inteligentes, católicos, avaros: tres formas de no perderse, tres formas de *seguridad*. Los franceses no conocen las exageraciones contra el yo, la generosidad perjudicial en el plano espiritual y financiero. El gusto y la cultura les han servido

para concebir *limitaciones*. El miedo a perderse por cualquier exceso los ha enquistado en una rigidez afectiva. ¿Existe un pueblo menos sentimental? El corazón del francés sólo se entenece con los cumplidos bien formulados. Su vanidad es inmensa, hasta el punto de que lisonjearla puede volverlo incluso sentimental...

En general, está capacitado para la intimidad, pero no para la soledad. Un francés *solo* es una contradicción en los términos. El sentimentalismo supone un gasto lírico del corazón en el aislamiento, la vibración sin disciplina y sin propósito racional: amar, sin vergüenza de hacerlo; adorar sin ironía; apasionarse sin distanciamiento...

Pero desprecia la dimensión folclórica del corazón. Más aún: es *superior* al corazón, cuando no se encuentra *fuera* de sí...

Nosotros, los que procedemos de otros países, perdemos fácilmente toda conciencia geográfica y vivimos en algo así como un exilio continuo, ni dulce ni amargo. Nos gusta la naturaleza y no el paisaje humanizado por el hogar, los padres, los amigos. Tenemos un hogar sólo por añoranza y por nostalgia. Los franceses, desde su nacimiento, han permanecido en su tierra, han tenido una patria física e íntima que han amado sin reservas y no han humillado mediante comparaciones; no han estado *desarraigados* en su país, no han vivido el tumulto de una nostalgia insaciable. Tal vez sea el único pueblo de Europa que no conoce la nostalgia, que es una forma de la falta de plenitud sentimental infinita. Además, carece de música folclórica también, que sólo se encuentra en el Sur (País Vasco, Provenza, por influencia española e italiana), no se ha sentido atormentado por esa incapacidad para establecerse que perturba a los eslavos, los germanos, los balcánicos y se expresa en las múltiples formas de *Sehnsucht*^[3].

Pueblo abrumado por la suerte, dotado de claridad, capaz de aburrirse, pero no de entristecerse, que gusta, en las creencias, de la aproximación y, por encima de todo, tiene una historia *normal*, sin vacíos, sin fracasos ni ausencias: se ha desarrollado siglo tras siglo, ha realizado aquello en lo que creía, ha hecho circular sus ideales y ha estado presente en la época moderna como ningún otro. Paga esa presencia con su ocaso: expía lo vivido significativo, la realización radiante, el mundo de valores que ha creado. Si hubiera permanecido con los brazos cruzados, su vitalidad no habría estado comprometida. Para las grandes naciones, el ocaso es una pena noble.

*

Todos los pueblos tienen sus problemas, a los que se apegan hasta agotarlos; después, se deshacen de ellos, buscan otros y, cuando no los encuentran, reposan dentro de su propio vacío. Es natural que esos problemas sean falsas ilusiones; la cuestión es la de determinar si son de calidad o no. Los pueblos de segunda categoría cultivan ilusiones falsas y mediocres que no pueden suscitar la reflexión, sino sólo el desprecio o la amargura.

En filosofía, Francia se ha limitado a un círculo de cuestiones y respuestas en las

que reaparecen sin cesar los mismos motivos: *razón, experiencia, progreso*; pero casi nunca las regiones equívocas de la metafísica personal o de una teología subjetiva. Pascal no pudo desalojar a Descartes. Su triunfo aseguró al pensamiento francés la comodidad de la sequedad intelectual, lo condenó a la trivialidad, a la falta de riesgo, al alejarlo de la fertilidad de conceptos próximos al absurdo, con capacidad para sacar las categorías de su pálido estupor. En el fondo, no hay filosofía francesa, mientras que existe una filosofía, griega o alemana. Es que un pensamiento sólo tiene vitalidad si debate —hasta la salvación o hasta la desesperación— sobre las funciones de lo posible, es decir, de la realidad dinámica. Fue necesario que llegara Bergson —al *final* de la filosofía francesa— para descubrir el Devenir que Eckhart comprendía demasiado bien, al comienzo de la filosofía alemana.

Pero, para quien quiere comprender los límites de Francia —ahora bien, describir un país significa definir sus límites, no precisar su contenido—, el ejemplo de su música es de lo más revelador. Es que así *se delata*: las emanaciones sonoras brotan de los afectos incontrolables, de lo más frondoso, alejado y profundo que hay en el hombre.

Es un arte serio, que sólo puede ser serio. No conoce la *ironía*: no existe un equivalente sonoro de la palabra idónea. Ninguna virtud específicamente francesa es compatible con su dignidad. Por eso, los franceses no han creado gran cosa en esa esfera, aunque —eso sí— más que los ingleses, absolutamente estériles en el arte del sonido, pero que lo aman más que los franceses.

La música requiere algo así como una piedad abstracta, que dominan los alemanes, una ingenuidad inspirada y vasta, presente en la música italiana del siglo XVII: la única música italiana, por lo demás, pues la ópera es una mascarada siniestra, un ronquido pasional carente de amplitud y profundidad.

Lo sublime es la categoría trivial de la música; el arranque trágico o el tema de la vastedad sosegada, las formas de su respiración. Rameau, Couperin o Debussy, este último aparentemente tan distinto de los primeros, son tan franceses por su delicadeza y su rechazo del tumulto. Un encaje que se esfuma: eso parece ser su trama sonora. Debussy es un eslavo de salón, propio de un París oriental. Sólo Berlioz tiene aliento, pero, ¿a quién no llama la atención su *falsa* inmensidad? ¿Quién no se siente irritado por su fuerza demostrativa, su carrera a la vastedad y a la tensión? Es un infinito refinado... En cuanto a César Franck, es un compatriota de Ruysbroeck —el admirable— y lleva en la sangre la herencia de una mística muy poco francesa...

Francia es el país de la perfección *estrecha*. No puede elevarse hasta las categorías supraculturales: hasta lo sublime, lo trágico, hasta la inmensidad estética. Por eso, nunca ha dado —ni podría haberlo hecho— un Shakespeare, un Bach o un Miguel Ángel. En comparación con estos últimos, el propio Pascal es un maestro del detalle, un sutil remendador del fragmento.

Las reflexiones de los moralistas franceses sobre el hombre —absolutas en su irreprochable acabado— son, sin embargo, modestas, comparadas con la visión del

hombre en un Beethoven o en un Dostoievski. Francia no ofrece grandes perspectivas: nos enseña la forma; nos da la fórmula, pero no el aliento. Quienes sólo conocen eso padecen una esterilidad grave y su contacto exclusivo es en verdad peligroso. Sólo se debe utilizar esto para corregir las extremosidades del corazón y del pensamiento, como una escuela del límite, del sentido común y del buen gusto, como una guía que nos evite caer en el ridículo de los grandes sentimientos y las grandes actitudes. Su medida debe curarnos los vagabundeos patéticos y fatales. Así, su acción esterilizante pasará a ser saludable.

*

El hombre medio está más realizado en Francia que en ningún otro sitio. Su nivel supera el del inglés, del alemán o del italiano. La mediocridad ha alcanzado tal estilo, que resulta difícil encontrar en el individuo corriente, en el hombre de la calle, ejemplos de estupidez evidente. Todo el mundo sabe presentarse, todo el mundo sabe algo. En eso es grande Francia mediante *cosas insignificantes*. Podría ser que, a fin de cuentas, la civilización no fuera otra cosa que el *refinamiento de la trivialidad*, el pulido de las cosas minúsculas y el mantenimiento de un poco de inteligencia en la accidentalidad cotidiana, es decir, volviendo la tontería natural tan soportable como posible, al envolverla en gracia y darle el lustre de la finura. Es indudable que entre los franceses es entre quienes encontramos a menos imbéciles profundos, irremediables, eternos. Incluso la lengua se opone a ello. En las tabernas, se lanzan réplicas de salón. La nación no permite ni la profundidad ni la imbecilidad que engendran en otros sitios a millones de personas *cualesquiera* y a algunos genios inconmensurables. Francia pierde su equilibrio, si sale de la mediocridad.

Debemos agradecerle que haya cultivado hasta el vicio el horror de la trivialidad. Mientras que ninguna regla mundológica veda al nórdico más refinado pronunciar un truismo y repetirlo, mientras que ningún alemán conoce *la vergüenza de la evidencia*, el espacio francófono nos ofrece, al contrario, las increíbles frescuras de los juegos de paradojas fáciles o significativos. El defecto y la fuerza del Norte se deben a que no conoce el peso del aburrimiento *en la conversación*. Si los alemanes no tienen novela, si su prosa es ilegible, no es sólo porque la música y la metafísica son los medios de expresión que les convienen, sino también porque no están capacitados para *hablar*, para mantener las variaciones de nivel de las conversaciones. La novela es una creación de los franceses y los rusos: pueblos que hablan y saben hablar. Los soporíferos diálogos de la novela alemana, la incapacidad nacional para superar el monólogo explican la inevitable carencia de prosa. Para quien gusta del *aroma* de la palabra, Alemania provoca un bostezo infinito. La poesía, la música y la filosofía son *actos* del individuo solo. El alemán sólo existe solo o en gran número, nunca en *diálogo*, mientras que Francia es *el país del diálogo* y rechaza las inspiraciones sosas o sublimes de sus vecinos insulares o de allende el Rhin.

Nada hay menos alemán que el siglo XVIII francés y nada más francés que ese siglo. Todo en él es decorativo, desde las galas exteriores hasta las baratijas espirituales. La inteligencia pasa a ser el ornamento exclusivo del hombre. La pereza elegante y el parloteo sutil definen su noble superficialidad. Ha *olvidado* la idea de pecado: ésa es la gran excusa del siglo. Así, no se puede condenar su libertinaje: no se debe echar a perder ningún placer por la conciencia de la *falta*, producto de un pánico plebeyo o de un vicio solitario, poco apreciados en un mundo infinitamente sociable.

Fragonard es el símbolo de la liberación sensual y de todas las indiscreciones de los sentidos. Nadie, en la historia de la pintura, desprende tanto perfume, tal sed delicada de voluptuosidad, de vicio inocente e inútil. ¿Acaso reside todo el secreto de la felicidad en la *sensación*? Lo que es seguro es que el Renacimiento y el siglo XVIII, las épocas modernas que la han cultivado con mayor intensidad, son también las más alejadas de la crucifixión. La clave que da acceso a los dulces secretos de la tierra se encuentra fuera del cristianismo. La inteligencia y los sentidos pueden armonizar y ayudarse mutuamente, pero, cuando interviene el *alma*, con sus oscuras incertidumbres, se perturba la paz. Entonces el hombre revela su esencia subterránea o celestial, y el placer, flor de la inmanencia, se marchita. Ser superficial con estilo es más difícil que ser profundo. En el primer caso, hace falta mucha cultura; en el segundo, un simple desequilibrio de las facultades. La cultura es matiz; la profundidad, intensidad. Sin una dosis de artificialidad, el espíritu humano se quiebra bajo el peso de la sinceridad, que es una forma de barbarie.

*

¿Cuándo inicia su decadencia una civilización? Cuando los individuos empiezan a tomar conciencia; cuando no quieren seguir siendo víctimas de los ideales, las creencias, la colectividad. Una vez *despertado* el individuo, la nación pierde su esencia y, cuando todos despiertan, se descompone. Nada hay más peligroso que el deseo de no verse engañado. La lucidez colectiva es una señal de cansancio. El drama del hombre lúcido pasa a ser el de una nación. Cada uno de los ciudadanos se vuelve una pequeña excepción y esas excepciones acumuladas constituyen el déficit histórico de la nación.

Durante siglos, Francia no hizo sino *crear* y, cuando dudaba, lo hacía *dentro de sus creencias*. Creyó, sucesivamente, en el clasicismo, la Ilustración, la Revolución, el Imperio, la República. Tuvo los ideales de la aristocracia, de la Iglesia, de la burguesía, del proletariado, y sufrió por cada uno de ellos. Propuso sus esfuerzos, transformados en *fórmulas*, a Europa y al mundo, que los imitaron, perfeccionaron, comprometieron, pero su crecimiento y su desmoronamiento los vivió ella en primer lugar y con mayor intensidad; creó ideales y los desgastó, los experimentó hasta el

final, hasta el hastío. Sin embargo, una nación puede ser indefinidamente engendradora de fe, ideologías, formas estatales y vida interior. Acaba tropezando. Las fuentes del espíritu se agotan y se despierta ante su desierto, con los brazos cruzados, aterrada ante el porvenir.

*

Si me pusiera en el lugar de un francés de estos últimos decenios, ¿a qué podría adherirme?

¿A la democracia? Pero, al cabo de un siglo de abuso de la palabra *pueblo*, después de la mística de la libertad y su agotamiento, después de la verificación de la utilidad y la inutilidad de los principios de la Revolución, ¿qué contenido nuevo podría atribuirle? Un pueblo puede haber hecho una gran Revolución, imitada por doquier, pero, el día en que sus ideas están comprometidas, pierde su primacía ideológica. Un siglo dedicado a preparar la Revolución y otro a propagarla habían vuelto a Francia imprescindible en el plano doctrinal y político, pero los ideales de 1789 se alteraron; de su prestigio sólo queda una grandilocuencia anticuada. La mayor revolución moderna acaba como una *antigualla* espiritual. ¿Qué fue? Una combinación de racionalismo y mitos: una *mitología racionalista*. Más concretamente: el encuentro de Descartes y el hombre de la calle.

La democracia ya no inspira el menor escalofrío y, como aspiración, es sosa y anacrónica.

¿A la patria? Pero, ¿para qué podría servir aún? Francia ha sido *patria* desde la Edad Media, cuando las otras naciones no habían tomado conciencia siquiera de sí mismas. Ha sido amada, glorificada, ha realzado todos los ideales que podía. Ningún momento de su historia infunde pena. En cada una de las épocas se realizó el máximo de sus posibilidades: ni un soplo de vacío ni una ausencia grave. Por doquier, hombres en el nivel necesario. ¿En nombre *de qué* podría conmover aún a los *hombres*? ¿Qué proponer a la Humanidad y a sí misma?

Los franceses ya no pueden morir por Cosa alguna. El escepticismo cerebral ha llegado a ser orgánico. La falta de futuro es la esencia del presente. El héroe ha dejado de ser concebible... porque ya nadie es *inconsciente ni profundo*.

Una nación es creadora, mientras la *vida* no sea su único valor, mientras sus *valores* sean sus criterios. Creer en la ficción de la libertad y morir por ella; participar en una expedición por la gloria; considerar que el prestigio de su país es *necesario* para la Humanidad; substituir esta última por lo que se cree; éstos son los valores.

Apreciar más la vida propia que una idea, pensar con el estómago, vacilar entre honor y voluptuosidad, creer que *vivires* mucho más que todo: eso es la *vida*. Pero los franceses ya no aman otra cosa que ella y ya sólo viven para ella. Desde hace mucho, ya no pueden morir. Lo hicieron demasiado en el pasado. ¿Qué creencia inventarse? Su falta de vitalidad les ha mostrado que la vida y la decadencia no es sino el culto

exclusivo de la vida.

Vivir es un simple medio para *hacer*. En la decadencia, pasa a ser un objetivo. Vivir así: ése es el secreto de la ruina.

El proceso por el cual un pueblo se agota es de lo más natural. Si no se agota, es una señal de enfermedad, de ineficacia, de deficiencia eterna. *Sólo los pueblos que no han vivido no decaen... y los judíos.*

Pero Francia ha vivido con una eficacia raras veces vista en la historia. Ha vivido *demasiado*. Sin embargo, mientras que en las épocas de grandeza lo hacía en nombre de los valores —que eran su vida—, hoy no son nada y la vida deficiente lo es todo.

Un pueblo cansado se aleja de sus propias creaciones. Ya sólo vibra en el mundo espiritual por la inteligencia, pues los yacimientos psicológicos de los que proceden las creencias se han agotado.

¿Qué haría yo, si fuera francés? Descansaría en el cinismo.

*

Comprendo bien a Francia por todo lo podrido que hay en mí y a Alemania, a Rusia, a los Balcanes por la fresca heredada de un pueblo telúrico.

Decadencia es igual a lucidez colectiva: expiración del *alma*, haber perdido el alma. Así es en el caso de Francia. ¿Cómo la ha perdido?

A medida que un pueblo crea, deposita una parte de sí mismo en sus objetivaciones. Con cada obra muere un sentimiento; con cada gesto, una emoción; con cada impulso, una posibilidad. La cultura absorbe las reservas de sensaciones, es una tumba del corazón, un ahorro de energía a cuenta de la sangre. Cada una de las pruebas del genio francés —una iglesia, una máxima, una batalla— encierra algo más de presente y algo menos de futuro. La actualización de un pueblo —la plasmación en *signos* de sus omisiones dinámicas— revela una vitalidad que anuncia un fin. La creación conduce a la muerte, salva las formas objetivas del espíritu y mata las fuerzas vitales del alma. Bajo la cultura yace el cadáver del hombre. En eso estriba enteramente el vacío de los franceses en la actualidad y es mucho.

Su anemia afectiva no es de carácter temporal, no es una crisis de crecimiento y tampoco un accidente histórico, sino la conclusión de un proceso plurisecular, el colofón de un destino. No sólo carecen ya de sentimientos, sino que, además, se avergüenzan de ellos. Nada ofende más a un francés que el alma: un pueblo que se momifica en la duda; un alejandrismo sin la amplitud grecorromana; un fin *evidente*, sin estrépito y sin drama, pues este último es más el del investigador, para el cual Francia ya sólo puede ser el campo de verificación de algunos temas de la filosofía de la cultura.

Pensemos en los eslavos, en los rusos, pueblos de amaneceres futuros, cuya alma zascandilea. La tierra rebosa con su sangre; la sensibilidad crece en ellos como plantas. Sus reflejos están indemnes; sus instintos son estepas con posibles brotes.

Poco importa cómo se tomen, no hay por doquier sino *porvenir*, que puede ser próximo o constituir el contenido de los siglos futuros.

En los franceses, los instintos están tocados, rotos; la base del alma, minada. En tiempos, en los siglos franceses del Universo —desde las Cruzadas hasta Napoleón—, fueron vigorosos, pero las épocas venideras serán las de un vasto desierto; el tiempo francés será, a su vez, el despliegue del vacío: hasta la irreparable extinción. Francia está tocada por la *depresión* de la agonía.

*

Las grandes naciones no naufragan *por accidente*, sino en virtud de una necesidad inscrita en su núcleo. Ninguna intervención humana ni ningún cálculo racional pueden detener el deslizamiento por la pendiente de la desaparición.

Se haga lo que se haga en Francia, se adopte la medida que se adopte, nadie podrá convencer a los franceses para que tengan hijos. Cuando un pueblo ama la vida, renuncia implícitamente a su continuidad. Entre la voluptuosidad y la familia, el abismo es total. El refinamiento sexual es la muerte de la nación. La explotación al máximo de un placer instantáneo, su prolongación más allá de los límites de la naturaleza, el conflicto entre las exigencias de los sentidos y los métodos de la inteligencia son las expresiones de un estilo decadente, que se define por la desafortunada capacidad del individuo para manejar sus reflejos. Esa correspondencia biológica de la lucidez, de la voluntad de dejar de ser *víctima*, tiene consecuencias catastróficas. Los niños han de llegar a ser por fuerza personas que crean en algo, que se adhieran, que sean suficientemente inconscientes para considerarse parte de una nación, que sientan gozosamente la necesidad de equivocarse con la participación y las pasiones.

Un pueblo sin mitos está en vías de despoblación. El desierto de los campos franceses es la señal abrumadora de la falta de mitología cotidiana. Una nación no puede vivir sin ídolo y el individuo no puede actuar sin la obsesión de los fetiches.

Mientras Francia lograba transformar los *conceptos en mitos*, su substancia viva no estaba comprometida. La fuerza para dar un contenido sentimental a las ideas, para proyectar en el alma la lógica y verter la vitalidad en ficciones: ése es el sentido de dicha transformación, así como el secreto de una cultura floreciente. Engendrar mitos y adherirse a ellos, luchar, sufrir y morir por ellos: eso es lo que revela la fecundidad de un pueblo. Las «ideas» de Francia han sido ideas vitales, por cuya validez se ha luchado en cuerpo y alma. Si conserva un papel decisivo en la historia espiritual de Europa, es porque ha *animado* varias ideas, las ha sacado de la nada abstracta de la pura neutralidad. Creer significa animar.

Pero los franceses ya no pueden creer ni animar y ya no *quieren* creer por miedo a resultar ridículos. La decadencia es lo contrario de la época de grandeza: *es la nueva transformación de los mitos en conceptos*.

Un pueblo entero ante categorías vacías... y que con las manos esboza una vaga aspiración, dirigida hacia su vacío espiritual. Le queda la inteligencia, no injertada en el corazón y, por tanto, estéril. En cuanto a la ironía, desprovista del sostén del orgullo, ya sólo tiene sentido como autoironía.

En su forma extrema, ese proceso es característico de los intelectuales. Sin embargo, nada es más falso que creer que sólo ellos están afectados. Todo el pueblo lo está, en grados diversos. La crisis es estructural y mortal.

A quien ha recorrido los pueblos franceses, pese a que en tiempos estaban traspasados por el aliento y la pasión, le cuesta reprimir un encogimiento del corazón ante una monotonía y un silencio que vuelve aún más grave e irremediable la presencia exclusiva de algunos viejos, cuyas arrugas ni siquiera consuelan, ya que no ofrecen recuerdo alguno de *otro* pasado. En todas las provincias francesas, nos sentimos agobiados por la falta total de vida, de ritmo, de niños, de futuro. Es la muerte total, velada por el encanto ancestral de iglesias aisladas cuyos resignados campanarios, con una vaga y vetusta coquetería, parecen invitarnos a partir, a no quedarnos, melancólicos, en el umbral de su definitiva ausencia.

Ni la indecisión de mis pasos ni el *amok* impetuoso se han dejado sentir nunca tan intensamente como en mis paseos por los senderos de Francia. Me parecía huir del olor de la muerte, el olor a cerrado de una estabilidad final, pero bien sabía yo que por donde vagabundeaba desde hacía unos años habían vivido, durante siglos, las únicas personas felices. Sin embargo, la gloria tiene un precio. La Francia «eterna», antes de perderse, llegará a ser un país como los demás.

Con Napoleón tenía aún una juventud. Sus mariscales eran jovencitos. Él mismo, a los treinta años, estaba saciado de gloria, pero tenía en sus manos un país capaz aún de locuras.

Si, en virtud de un milagro, apareciera un Napoleón en medio de tantos viejos, ¿qué podría hacer? Se dedicaría probablemente a la filantropía, a las pensiones, a los archivos.

¡Qué grande ha sido Francia!

La Revolución de 1789 ya es cosa del pasado y con ella la burguesía. Todos tenemos derecho a creer que en su advenimiento era generosa, derrochadora, acogedora, pero quien la conoció en su período de descomposición, con su espíritu avaro, pendenciero y mezquino, comprendió que semejante apoyo social había de conducir por fuerza a una ruina rápida. Concentró todos los vicios del pueblo francés. Del individualismo y del culto a la libertad por los cuales, en otro tiempo, había derramado su sangre, sólo conservó, en su forma crepuscular, el dinero y el placer. Su fin señaló el momento más mediocre de la historia de Francia. Ya sólo tiene una reserva social: el proletariado. Y una sola clave: el comunismo. Su tradición jacobina ha de desembocar por fuerza en otra solución.

Pero el propio proletariado está infectado por la falta de misión, por la sombra histórica del país. Del inquietante estremecimiento de las masas modernas, sólo ha

conservado las reivindicaciones materiales, al pregonar sus necesidades y su odio. Francia ha dejado de tener un destino revolucionario, porque ya no tiene ideas que defender. Sea cual fuere la revolución que haga, no podrá tener la menor significación particular.

Las formas espirituales del pasado ya no acuden en su ayuda. El catolicismo es tan penoso, tan polvoriento, que renovarse gracias a él equivaldría a una esquila. ¿Qué haría un pueblo de instintos dormidos con liturgias soporíferas, sermones entremezclados con citas latinas que parecen más irreales que un sueño en lo más profundo de una pirámide? El agotamiento espiritual conduce a la momificación de una cultura. Todos sus gozos no impedirán a Francia volverse una momia espiritual, como tampoco los oráculos lo impidieron entre los griegos ni los dioses entre los romanos. Las Parcas son más despiadadas con los pueblos que con los individuos.

*

Con una cultura tan definida, Francia no puede recurrir a soluciones exteriores. Las transfusiones de sangre no hacen otra cosa que prolongar la agonía. Sería indigno, en relación con su brillante pasado, recurrir a semejantes cobardías. Sólo puede merecerlo aceptando su fin con estilo, creando con esmero una cultura crepuscular, apagándose con inteligencia e incluso con fasto... no sin corromper la frescura de sus vecinos o del mundo con sus infiltraciones decadentes y sus insinuaciones peligrosas. Puede intervenir aún concretamente en la marcha de las otras naciones, pero *negativamente*, como foco de una noble epidemia. ¿Acaso no necesita Europa, después de tanto fanatismo, una oleada de dudas? ¿Y acaso no nos preparamos todos para un mal de siglo en el que su contribución sería de lo más tentadora? Si Francia tiene aún una razón de ser, es la de realzar el escepticismo de que es capaz, el de darnos la clave de las incertidumbres o de moler nuestras certidumbres. Si quisiera enderezar algo, se expondría simplemente a la ironía o a la piedad. Las fuerzas de un nuevo credo se han apagado en ella desde hace mucho. No ha fracasado en nada de su pasado, pero, si rechazara su destino alejandrino, fracasaría en su final y sería una lástima.

Francia espera a un Paul Valéry patético y cínico, a un artista absoluto del vacío y la lucidez, él, que, de todos los franceses de este siglo, es el menos equivocado — símbolo, por su perfección, del agotamiento de una civilización—, ¿acaso no es la expresión máxima de la decadencia, pues le falta un vago matiz profético y la orgullosa valentía en lo irreparable? Por la pendiente de su refinamiento, los franceses pueden aún ser fecundos. La renuncia al contenido es el secreto de Valéry y del porvenir francés. El culto absoluto de los pretextos, apoyado en un dinamismo sin falsas ilusiones: ésa es la vía que se abre a su posibilidad alejandrina. Si Francia no se vuelve el país de las sutilezas peligrosas, ya no tenemos nada que aprender. ¿Quién encontrará la fórmula de sus hastíos?

Europa tiene aún suficiente vitalidad para soportar útilmente un soplo de incertidumbres delicadas y venenosas. La sangre germánica y eslava las pide, las necesita incluso. El escepticismo confiere nobleza a la virilidad y distinción a la fuerza. El porvenir espiritual del continente se compondrá de una mezcla de universalismo y escepticismo. El imperio disuelve las ideologías. En su lugar aparecerán las dudas infinitamente refinadas. Las deficiencias de Francia adornarán las energías de los pueblos más frescos, con lo que facilitarán su proceso de disgregación. Francia servirá también de *modelo* a las grandes naciones modernas; les mostrará adónde van y dónde acaban, moderará sus entusiasmos. Es que Francia prefigura el destino de los otros países. Ha llegado más rápidamente al final, porque se ha desgastado mucho, y desde hace más tiempo aún. Cuando los alemanes entraron en París, preveían —porque conocían la Historia— el desenlace, leían su futuro en la resignación y la fatiga de la ciudad.

Los pueblos comienzan con epopeyas y acaban con elegías.

Alemania, Inglaterra y Rusia son los países de las desigualdades geniales. Su carencia de forma interior determina su evolución entre cimas y simas, entre exceso y serenidad. Sólo Francia se ha desarrollado *regularmente* desde su nacimiento hasta su muerte. Es el país más realizado, que ha dado todo lo que podía dar, que nunca ha desaprovechado una oportunidad, que ha tenido una Edad Media, un Renacimiento, una Revolución, un Imperio y una decadencia. Es el país que ha cumplido con su deber. Es el país del cumplimiento.

Los eslavos y los germanos aceptan la fatalidad: su suerte no ha tenido un curso normal, mientras que Francia ha dispuesto de un destino *mesurado*. Se ha desarrollado como orden *paralelo* a la naturaleza. El *hombre* ha dirigido continuamente su contenido histórico. El propio francés se define en cuanto ser humano y no como individuo. Un país de *seres humanos* y no de individuos.

*

En los períodos en que una nación está en un *punto culminante*, aparecen automáticamente hombres que no cesan de *proponer* directrices, esperanzas, reformas. Su insistencia y la pasión con la que los sigue la multitud atestiguan la fuerza vital de esta nación. La necesidad de regeneración por la verdad y el error es propia de los períodos florecientes. Un descerebrado como Rousseau representa un colmo de efervescencia. ¿A quién le importan aún sus opiniones? Sin embargo, su tumulto sigue interesándonos con su eco y su significado. Una aparición de esa amplitud resulta inconcebible en la actualidad. El pueblo no espera nada, conque, ¿quién le propondría algo? ¿Y qué? Los pueblos sólo viven realmente en la medida en que están atiborrados de ideales, en la medida en que ya no pueden respirar bajo demasiadas creencias. La decadencia es el vacío de ideales, el momento en que se instala el hastío de todo; es una *intolerancia al futuro...* y, como tal, un sentimiento

deficitario del tiempo, con su inevitable consecuencia: la falta de profetas e, implícitamente, la falta de héroes.

La vitalidad de un pueblo se manifiesta con el criterio de quienes pueden morir por valores que superan la limitada esfera de los intereses individuales. El héroe muere *de buen grado*, pero ese consentimiento final sólo es posible porque está guiado inconscientemente por la fuerza vital de su pueblo. Este último sacrifica a sus miembros por exceso de fuerza. Un pueblo muere *de demasiada vida* por mediación de sus héroes. Cuando deja de producirlos —y deja de adherirse al tipo de humanidad que representan—, el agotamiento sella incurablemente su porvenir con un estigma negativo. En los antípodas del heroísmo se encuentra el amor de la vida *en cuanto tal*. Por eso, las decadencias carecen de aliento épico. En la época grecorromana, el epicureísmo o el estoicismo anunciaron la ruina definitiva del mundo homérico, que había vivido en la *poesía del hecho*, mientras que el fin de la civilización antigua se recreaba en la prosa de la inteligencia. El desenlace francés no es otra cosa: una prosa de la inteligencia. Las naciones hacen su camino con los errores sublimes y lo terminan con las verdades áridas.

Los héroes homéricos vivían y morían; los esnobs de Occidente debatían sobre el placer y el dolor.

De franceses de las Cruzadas pasaron a ser franceses de la cocina y de la taberna: el *bienestar* y el aburrimiento.

Es natural que un pueblo que agoniza no quiera morir. La vejez histórica, como la vejez individual, es un culto de la vida por falta de vida. Es el ajamiento caricaturesco del devenir...

La persecución incesante de la felicidad, el gusto por el alarde del paraíso, la voluntad de asfixiar el núcleo amargo del tiempo, del corazón, son las pruebas de una profunda fatiga. En el deseo de agotarse en lo inmediato, se da la renuncia al infinito. Nada es más incómodo que ver una nación que ha abusado —y *con razón*— del atributo *grande* —*gran nación, gran ejército, grandeza de Francia*— degradarse en el rebaño humano jadeante tras la felicidad. Era realmente *grande* cuando no la buscaba. Ninguna guerra, ninguna revolución, ningún monumento y ningún acto excepcional se realizan sin la pasión aventurera por las flagelaciones de la adversidad y sin esa influencia de fortuna y mala suerte que corona los actos gloriosos. «El francés medio», «el pequeño burgués»: tipos vergonzosos de circulación corriente, que han florecido sobre las ruinas de las hazañas del pasado. ¡Qué ironía de la vida! Al sacrificio de los héroes siguen las sosas delicias del mediocre, como si los ideales sólo brotaran de la gloria de la sangre para ser pisoteados por las dudas.

*

Se puede considerar a un pueblo *tocado* cuando los problemas penetran en sus instintos; las dudas, en sus sentidos; las incertidumbres, en sus reflejos.

Su cuerpo acusa las intervenciones del espíritu. La decadencia biológica es un excedente de racionalidad en los automatismos. Las funciones no responden a tiempo y no desempeñan directamente su papel. La vida sólo es *plena* en la inconsciencia. Una cultura avejentada roe sus bases, debilita sus reacciones espontáneas y corrompe su sangre, al apaciguarla, al cultivarla.

Como las invasiones de los bárbaros en el amanecer de la civilización, la desaparición de lo irracional en la sangre es el peligro de las civilizaciones en el momento de su madurez. Una gota de *civilización* en su circulación... y el paisaje del mundo cambia.

Los ideales se desmoronan y con ellos el símbolo de la vida que los ha encamado. Una cultura muere en todos sus niveles y —lo que es más grave— hasta en sus venas. El refinamiento ataca a su esencia.

¿Qué es la decadencia? ¿Quién es Francia? Sangre *racional*. La coloca en una situación de contraste con los «primitivos», que no se deben entender sólo en las artes, sino también en todos los planos espirituales. Francia es lo menos primitivo, es decir, fresco, directo, absoluto, que existe. La etapa original de una civilización se caracteriza por la relación ingenua con el objeto y los valores. Todo lo que entra en la esfera de la percepción o del razonamiento conserva una marca de incondicionado, como un estremecimiento virginal del espíritu abierto al mundo. Un «primitivo» crea sin *saberlo*, sin obsesión técnica ni reflexión estética, a partir del instinto que lo sitúa en la vida de las cosas. Es el hombre que vive en el *éxtasis del objeto*. Por eso, su visión es tan poco problemática y está tan poco contaminada por las dudas y la conciencia.

En la fase crepuscular de una civilización, la duda substituye al éxtasis y los reflejos ya no sirven de respuesta inmediata a la presencia de los objetos. Nos encontramos en los antípodas de las épocas primitivas. El artista se vuelve un sabio de la percepción —*por asco de la mirada*— y el hombre, una criatura paralela a sí misma. En otro tiempo, respiraba en los mitos o en Dios; actualmente, en las *consideraciones* sobre ellos.

La contaminación del instinto es una victoria catastrófica del espíritu y la cultura, en su totalidad, no hace otra cosa que formular preguntas a la biología.

Éstas aumentan proporcionalmente con el refinamiento espiritual. La historia de las civilizaciones coincide con las crisis biológicas, que honran la «vida» al disminuirla.

Los franceses se han consumido por exceso de *ser*. Ya no se quieren, porque notan demasiado bien que han sido. El patriotismo emana del excedente vital de los reflejos; el amor del país es lo menos espiritual que existe, es la expresión sentimental de una solidaridad animal. Nada hiere más la inteligencia que el patriotismo. El espíritu, al refinarse, asfixia a los antepasados en la sangre y borra de la memoria la llamada de la parcela de tierra bautizada —por falsa ilusión fanática— patria.

¿Cómo podía la razón, devuelta a su vocación esencial —lo universal y lo vacío

— empujar aún al individuo asqueado de ser ciudadano hacia el atontamiento del parloteo de la ciudad? La pérdida de sus instintos selló para Francia un grandioso desastre inscrito en el destino del espíritu.

Así como en el ocaso de la civilización grecorromana el estoicismo propagó la idea de «ciudadano del mundo», porque ningún ideal «local» contentaba al individuo harto de una geografía inmediata y sentimental, así también nuestra época —abierta a causa de la decadencia de la más lograda de las culturas— aspirará a la Ciudad universal en la que el hombre, desprovisto de un contenido directo, buscará otro lejano, el de todos los hombres, inaprensible y vasto.

Cuando se deshacen los vínculos que unen a los congéneres en la tontería tranquilizadora de su comunidad, extienden sus antenas unos hacia los otros, como otras tantas nostalgias hacia otros tantos vacíos. El hombre moderno sólo encuentra en el Imperio un abrigo correspondiente a su necesidad de espacio. Es como un llamamiento a una solidaridad exterior, cuya extensión lo oprimiría y lo liberaría al mismo tiempo. ¿Con qué lo alimenta una patria? Cuando carga con tantas dudas, cualquier rincón del mundo resulta un refugio. La conciencia, liberada de las llamadas obscuras de la sangre, se despega del hundimiento en los suspiros originales, en la tradición de las manías ancestrales. Si recorremos con el pensamiento o la sensación algunas civilizaciones, transformaremos el universo en cunas intercambiables, escamotaremos las herencias maternas o las impresiones de la infancia bajo los inciertos beneficios del alejamiento. La marcha de la Historia ahoga la voz de la tierra. Su avance ha pulverizado los muros de la Ciudad, así como aplastará los de la conciencia. Estar en casa por doquier: ésa es la ley que una civilización demasiado madura impone al hombre, al que ha transformado de semilla en fruto podrido. En el fondo, ¿qué es la civilización? Un vano guardián de la luz.

*

La desgracia de Francia es la de que su decadencia ha resultado evidente en una época en la que todo el mundo entiende de Historia. El siglo XIX nos dejó en herencia una perspectiva sobre las civilizaciones, sus datos y su filosofía. Todos somos, en grados diversos, víctimas de la información y no lo suficientemente ingenuos para juzgar la vitalidad y los valores. El alejandrismo, estilo de cultura basado en el sentido de la Historia, nos obliga a síntesis que explotamos con una fantasía y una irresponsabilidad eruditas.

Como estetas del universo histórico que somos, consideramos pretextos las creencias de los demás y espectáculos sus decadencias. Del ocaso de Francia sólo se puede hablar en términos estéticos: no lo experimentamos y tampoco lo experimentan los franceses. Los desarrollos históricos universales equivalen a un panorama. Y el propio Devenir, ¿qué es, sino una función tragicómica de nuestros encantamientos?

Francia constituye una ocasión clamorosa de verificar las experiencias negativas.

Nos autoriza el desengaño y el juego, la paradoja y la irresponsabilidad. Su destino nos fortalece en los fracasos, pero podemos maridar los nuestros con los suyos, mezcla de hastíos del gusto de los futuros estetas.

Ser alejandrino, es decir, lírico y frío; participar con toda el alma, pero con objetividad; desbordar *espectacularmente*. Resulta imposible sentir de otro modo el pasado y el presente.

¿Qué nos inspira, si no es una ternura irónica, un país que ha dejado de *vivir en lo posible*?

¿La enfermedad del presente? Mis heridas en el contacto con las heridas de Francia. ¡Encuentro fatal!

*

Una decadencia todos cuyos sentidos advertimos resulta fecunda para nosotros, no para los que la padecen. Una vez más, nos enriquecemos a lomos de Francia. Somos los vampiros intelectuales de sus tormentos.

En su carencia de mitos, plantamos la tienda de nuestras empresas espirituales; en su vacío nos ejercitamos en la aventura. ¡Qué molestia, sus posibles esperanzas! Un país que ya sólo sirve de zona de despegue hacia las alturas y las irrealidades del espíritu, un país sin punto de apoyo alguno, pero respecto del cual podemos aún definimos como lo haríamos delante de un cielo pálido, sabiendo que oculta un cielo azul. Es que, por benévolos que seamos, sólo le encontraremos como excusa su pasado. Cuando Europa esté cubierta de sombras, Francia seguirá siendo su tumba *más viva*.

*

El apego a los valores y al nihilismo instintivo obligan al individuo al culto de la sensación. Cuando no se cree en nada, los sentidos se vuelven una religión y el estómago una finalidad. El fenómeno de la decadencia es inseparable de la gastronomía. Cierta romano, Gabio Apicio, que recorría las costas de África en busca de las más hermosas langostas y, al no encontrarlas de su gusto en parte alguna, no lograba establecerse en ningún lugar, es el símbolo de las locuras culinarias que se instauran a falta de creencias. Desde que Francia renegó de su vocación, la manducación se elevó al rango de ritual. Lo que resulta revelador no es el hecho de comer, sino el de meditar, elucubrar, conversar durante horas al respecto. La *conciencia* de esa necesidad, la substitución de la *necesidad* por la *cultura* —como en el amor— es una señal de debilitamiento del instinto y del apego a los valores. Todo el mundo ha podido tener esta experiencia: cuando se pasa por una crisis de dudas en la vida, cuando todo nos hastía, el almuerzo se vuelve una fiesta. Los alimentos

substituyen a las ideas. Los franceses *saben* desde hace un siglo que comen. Desde el último campesino hasta el intelectual más refinado, la *hora* de la comida es la liturgia cotidiana del vacío espiritual. La transformación de una necesidad inmediata en fenómeno de civilización es un paso peligroso y un síntoma grave. El vientre fue la tumba del Imperio Romano y será ineluctablemente la de la inteligencia francesa.

*

El alejandrino es el período de las negaciones cultas: el rechazo como estilo de cultura. El hombre erra con nobleza por entre los ideales; el pensador hace serpentear sutilmente su espíritu por entre las ideas. Ni uno ni otro hace un alto en parte alguna. No tienen patria ni hogar. Es que la decadencia es la falta de techo espiritual, la negación del hogar por el espíritu. ¿Dónde descansar el cuerpo y fijar la inspiración? La imaginación erudita nos orienta en todas las direcciones; ningún horizonte detiene la curiosidad por las novedades... anticuadas. Es la aventura sin la esperanza, la decepción nostálgica.

Hay países que sólo son fecundos y vastos en la decadencia. Así fue en el caso de la Roma antigua, demasiado limitada en su aurora, conquistadora en su ocaso. La invasión de las religiones orientales, la multitud de nuevos ídolos que se superponen a las supersticiones autóctonas, el escepticismo y la inmoralidad manchados con las costumbres provincianas transformaron su decadencia en realización.

El final de Francia resulta imposible de calibrar. Es demasiado natural, demasiado evidente y demasiado poco farragoso; es la conclusión lógica de su devenir, tan lógica, que *no asombra*. La de lo extraordinario no es una categoría francesa: una agonía carente de grandeza, como si fuera el fin del vacío...

Francia no está al abrigo de nada; está al descubierto ante el porvenir. Todo lo que no es amargura en ella es señal de vulgaridad.

La picardía obscena ha perdido su ritmo espontáneo y generoso, es gozo sin contenido, desbandada ante las preocupaciones y las responsabilidades. El vacío de Francia —manifestado con la búsqueda de la distracción a toda costa— cobra a ojos del espectador un aspecto muy triste. La necesidad de reír —el terror ante las cejas fruncidas— cobra un aspecto grosero de nación venida a menos y de juerga. En otros siglos, se complacía en no tomarse la vida en serio, por exceso de severidad; ahora está abrumada por el vacío, atormentada por corazones huecos. El contenido sentimental de la tristeza le inspira miedo: su risa es agria, un espasmo de sangre acre. Su decadencia, evidente desde hace casi un siglo, no ha provocado en ninguno de sus hijos protesta desesperada alguna. Parece que nadie espere otra cosa que verse olvidado, insensiblemente, y en la opulencia... El asco de lo sensacional en un pueblo que durante siglos fue la *sangre* de un continente y la gloria del Universo lo encierra irremediabilmente en un futuro anonimato.

*

Si los franceses no estuviesen asqueados de sí mismos, merecerían el desprecio. Es la primera vez en su historia en que conocen ese sentimiento, pero no tiene ni la fuerza debida ni el estremecimiento que atormenta. Nosotros, encadenados en nuestros destinos aproximados, lo experimentamos ya en nuestra primera reflexión, nacemos con él y lo desarrollamos al crecer, al sufrir experiencias y alienaciones... como pobres judíos salvados de las tentaciones mesiánicas. Todos los países fracasados participan del equívoco del destino judaico: los roe la obsesión del implacable incumplimiento. Como si no hubiéramos nacido en nuestro *elemento*, la «patria» es un símbolo de dudas interminables, un punto de interrogación que no recibe respuesta: ni étnica ni sentimental ni geográfica siquiera.

Francia ha estado *aquí*; ha encontrado su lugar en el mundo en todos los niveles. Sólo ha perdido el porvenir. ¿Cómo habría podido esquivar su vejez? ¿La elevarán sus vetustos prestigios hasta la nobleza de la impugnación? ¿Le dejaría el Siglo de las Luces reservas suficientes de inteligencia para cultivar negaciones soberbias? Una decadencia que no se comprende pierde su poesía en el ridículo.

Los proyectos y las esperanzas, a la hora del embalsamamiento, rozarían la vulgaridad y arrojarían una sombra triste sobre la gloria pasada. Las civilizaciones maduras que no han comprendido la gloria de la extinción suscitan la piedad de las naciones inferiores. En las orillas del Sena, sueño con una grandeza crepuscular que impusiera sus ausencias a un continente incierto. ¿Sabrá Francia estar *presente*... mediante lo que ha dejado de ser?

*

Mi destino es el de envolverme en las escorias de las civilizaciones. ¿Cómo mostrar mi fuerza de otro modo que resistiendo en medio de su podredumbre? La relación entre barbarie y neurastenia equilibra esa fórmula. Como esteta del crepúsculo de las culturas que soy, paseo una mirada tormentosa y soñadora por las aguas muertas del espíritu...

En la onda tan calma del Sena veo reflejarse mi porvenir muerto como el de la Ciudad y abandono al indiferente río mi trémula fatiga.

Proceder de tierras primitivas, del submundo de Valaquia, con el pesimismo de la juventud, y llegar a una civilización tan madura, ¡qué causa de estremecimientos ante semejante contraste! Sin pasado alguno a un pasado inmenso: con el terror originario al agotamiento final; con el tumulto y una vaga nostalgia a un país asqueado por el alma. ¡Del aprisco al salón, del yeso a Alcibíades! ¡Qué salto por encima de la Historia y qué peligroso orgullo! Tus antepasados se arrastraban con esfuerzo y, mira por dónde, para ti el desprecio parece ser una acción y la ironía, sin el perfume de una

tristeza abstracta, una empresa vulgar.

¡Poder vivir sólo en el país en el que cualquiera está marcado por la inteligencia! Un universo compuesto de ágoras y salones, una encrucijada de Hélade y París, eso es: el espacio absoluto del ejercicio de la inteligencia.

El porvenir humano se despliega entre dos polos: el pastoralismo y la paradoja. La cultura es una suma de inutilidades: el culto del matiz, la delicada complicidad con el error, el juego sutil y fatal con la abstracción, el aburrimiento, el encanto de la disolución. El resto es agricultura.

*

Las decadencias son tranquilas, galopantes o verticales.

La decadencia francesa parece situarse en el medio. Tres formas de hundirse que se diferencian por su ritmo. El ahogamiento de una civilización... Revela la vida, juego de una fatalidad impúdica y un rigor despiadado. En el fondo, ¿qué es una civilización? Una sistematización del absurdo de la vida, un orden provisional en lo incomprensible. En cuanto se agotan sus valores y dejan de conducir al individuo a la fe y a la acción, la vida revela su sinsentido.

Quien vive al margen de todas las formas de cultura y no es víctima de ninguna de ellas se condena a sí mismo, pues advierte en su transparencia la nada de la naturaleza.

La sucesión de las civilizaciones es la serie de resistencias que el hombre ha opuesto al espanto de la pura existencia.

*

Un pueblo tiene *vitalidad* mientras acumula fuerzas peligrosas para él y para los demás, pero, cuando el desequilibrio y la rebelión empiezan a neutralizarse, cuando todos los instantes del presente ya no son la ocasión para una crisis fecunda, con futuro, su tensión ya no supera el umbral del tiempo. Se vuelve dependiente del tiempo y los acontecimientos lo abruman. El fenómeno de la decadencia revela el deslizamiento hacia la dependencia en el tiempo. Ningún poder subterráneo surge para imponer una nueva configuración a la Historia. El devenir significa entonces inercia de la disolución, imposibilidad de la *sorpres*a.

El país que ya no es un peligro para sí mismo —en el cual ya nadie se asombra— sueña su permanencia en los símbolos negativos de la duración: la cuna y el ataúd.

Entonces el tiempo gira en vano en torno a su fragmentación... no puede bombear con ella su porvenir. En el mundo, todo se marchita: deseos, pensamientos, cielos y civilizaciones. Una cosa permanece en flor: el absurdo, el intemporal absurdo.

Desde el punto de vista de la vitalidad, estar *avanzado* es perjudicial, pues, al dar

un paso —e incluso varios— más allá de las evidencias de la vida, nos deshacemos del fecundo fardo de los valores.

Un país avanzado no padece de ninguna complicidad con ideal alguno. Reúne en sí todo lo que podría constituir una negación del gótico, es decir, del aliento, de la transcendencia, de la elevación. Su energía no tiende *hacia lo alto*, sino que cuelga. Francia es Nuestra Señora de París reflejada en el Sena: una catedral que rechaza el cielo.

Un individuo, una civilización, avanzan *fuera* de la vida. Todo progreso entraña un equivalente de ruina. En el plano histórico, la progresión absoluta equivale a un final de misión para el individuo y a la imposibilidad de vivir.

¿Qué podemos aprender de las civilizaciones que han fermentado demasiado si no es a morir? ¿Me ofrecerá Francia la lección de una agonía honorable?

Un país entero que ya no cree en *Viada*, ¡qué espectáculo más exaltante y degradante! Oírles, desde el último de los ciudadanos al más lúcido, decir con el distanciamiento de la evidencia: «*Francia ha dejado de existir*», «*Estamos acabados*», «*Ya no tenemos futuro*», «*Somos un país en decadencia*», ¡qué lección más vigorizante, cuando hemos dejado de ser aficionados a las quimeras! Yo me he revolcado a menudo con voluptuosidad en la esencia de la amargura de Francia, me he deleitado con su falta de esperanza, he dejado correr mis estremecimientos desengañados por sus vertientes. Si bien ha sido, durante siglos, el corazón espiritual de Europa, la aceptación natural de la expulsión a la periferia la adorna ahora con una vaga seducción negativa. Para quien busca los declives, es el espacio consolador, la fuente turbia en la que se sacia la fiebre inextinguible. ¡Con qué impaciencia he esperado ese desenlace, tan fecundo para la inspiración melancólica! El alejandrismo es el desenfreno erudito como sistema, la respiración teórica en el ocaso, un gemido de conceptos... y el momento excepcional en el que el alma puede ajustar sus sombras al desarrollo objetivo de la cultura.

Sin embargo, si el hundimiento de Francia no es estrepitoso, se debe a sus antecedentes y a la naturaleza de su Historia.

Nunca le ha gustado el ritmo violento ni el exceso inhumano; no conoce el equivalente del drama isabelino o del romanticismo alemán. Ajena como es a los símbolos potentes de la desesperanza o a los dones impetuosos de la exclamación —¿dónde encontrar a una Santa Teresa entre esas mujeres de sonrisa inteligente?—, lleva su caída hasta el fin, conforme al ritmo propio de su evolución. No ha consumido su vitalidad en estremecimientos exasperados, su vejez ya no puede provocar ásperas tensiones. La dulzura de Montaigne la vela en su crepúsculo, como la veló en sus comienzos. Francia se prepara para un final decente. Hay momentos en que la esperanza corresponde a una falta de nobleza y la búsqueda de la felicidad a una inconveniencia.

Desde luego, Francia es un organismo, pero en su desarrollo ha alcanzado tan alto grado de perfección, que encuentra mejor sus símbolos en las figuras geométricas que

en los accidentes del devenir biológico. Sus valores se vinculan conforme al modelo de los esquemas y la pureza de las abstracciones. Nos preguntamos cómo puede *perecer* lo que comunica con las apariencias de la estabilidad y cómo puede ser que formas destinadas, por su redondez vacía, a permanecer inalterables se desgasten.

¿Acaso no se parece la decadencia de Francia a la descomposición de una geometría? Así sería, si se tratara de un mal *formal*, pero se trata de un mal del alma cuya ruina repercute en el mundo de los valores, de las formas, de la cultura propiamente dicha. Como sistema de civilización *en sí*, Francia podría perpetuarse indefinidamente, pero quienes cargan con ese sistema, quienes lo han creado, han dejado de soportarlo y de producirlo. Los valores de un país pueden durar, pero el alma —su raíz— deja de durar. En efecto, el hombre ha decaído y, a medida que se pudre, sus creaciones entran en la historia espiritual, que no es otra cosa que una forma halagadora de la arqueología, auténtica finalidad de los esfuerzos humanos.

Al desconocer las rupturas y las pausas —al contrario que España después de la ruina del Imperio o de Alemania después de los tratados de Westfalia—, la historia política y espiritual de Francia se ha desarrollado según las leyes del crecimiento normal. Su devenir es natural. Por eso, no ha emitido *teoría* alguna del devenir y el mundo ha creído que era *estática*. El dinamismo —alimentado por un culto abstracto— supone rupturas e irrealizaciones íntimas, incapacidad para evolucionar normalmente. Los países sin realización natural son los que necesitan el alarde teórico del devenir. El irracionalismo alemán o el pensamiento apocalíptico ruso —religioso o nihilista, es igual— nacieron de la sed de realización de dos grandes pueblos a los que la Historia no había sonreído: disponían de un excedente de vitalidad que no podía expresarse en realizaciones y valores objetivos. Aportaban un suplemento de vida, que no concordaba con su realidad política menor: empantanados en las virtualidades de las que brota, por lo demás, el dinamismo, mientras que Francia, durante todo el tiempo de su supremacía, era actualidad. Considerada desde el exterior, su evolución conoce un mínimo de desacuerdos, ausencias y pausas. ¿De qué le habría servido entonces una teoría del devenir? Sabe que *es*. Un país seguro de su *porvenir*, dueño de *su* tiempo, no necesita dinamismo, lo *vive...* a menos que lo insuffle en su decadencia mediante un rechazo del ridículo que empañaría su notoria lucidez...

*

Francia puede aún hacer una revolución, pero sin grandeza, sin originalidad y sin eco: tomando prestados mitos a los otros —a semejanza de los comunistas franceses, los únicos que tienen la *fibra* revolucionaria—, remendando discursos con ayuda de frases viejas, remiendos anarquistas y desesperaciones de pequeña burguesía que ha perdido la cabeza. Antes de que haya agotado totalmente sus posibilidades de regeneración social, será necesario que la cizaña —el *populacho*— triunfe, que haga

su aparición. La vida ya sólo existe en los *suburbios*. Una Francia proletaria es en adelante la única posible. Sólo que su clase obrera no tiene ni recursos de heroísmo ni alientos asombrosos. La carrera revolucionaria de Francia está virtualmente terminada. Ya sólo puede luchar por el estómago. El heroísmo, que supone una extraña mezcla de sangre e inutilidad, ya no puede ser su oxígeno. Un pueblo con los instintos dormidos nunca ha propuesto a la Humanidad el menor ideal ni jirones de fe siquiera. Una inteligencia despierta, pero sin el sostén de la vitalidad, se vuelve un instrumento artificial de los pequeños sucesos cotidianos, de la caída en una mediocridad sin remedio.

Una nación sólo alcanza la grandeza mirando allende sus fronteras, odiando a sus vecinos y queriendo subyugarlos. Ser una gran potencia significa no admitir valores paralelos, no tolerar *vida* a su lado, imponerse como sentido imperativo e intolerante. Las grandes potencias padecen la enfermedad de las separaciones, añoran el espacio con *virilidad*. Los ciudadanos desprecian la comodidad menor del hogar; los campesinos ven allende el horizonte de la carreta. En otro tiempo, de los pueblos franceses surgían energías pródigas, fuerzas ávidas de gloria.

... En la actualidad, la carreta resulta absurda, los hogares están embotados, el trabajo carece de encanto. Ese mismo tipo de hastío debió de hacer presa de los legionarios romanos cuando se apaciguó la monumental furia de las expediciones. La agricultura no puede substituir a la gloria. Cuando un pueblo la ha saboreado mucho y se acaba, nada puede sustituirla. Así ha sido en el caso de Francia, cuyo único contenido es su antigua gloria, que ya no da calor a nadie. En la decadencia, un pueblo se separa de sí mismo. Entonces la creación se limita, para él, a urdir su ausencia con un vago esfuerzo, a mantener su propia esterilidad del mismo modo que el fracaso del individuo se limita a cubrir con un barniz de inteligencia la podredumbre de su médula espiritual. El alma que trazaba en un *allegro* espontáneo objetivos generosos acaba en un andante gruñón, el ritmo predestinado de todas las formas de adormecimiento, histórico o individual.

*

Se puede considerar el alejandrismo una forma de cultura *lograda* cuando representa una *plenitud del decrecimiento*. Hay disgregaciones fecundas y disgregaciones estériles. Una gran civilización que se provincianiza disminuye su volumen espiritual, pero, cuando extiende los elementos de su disolución, cuando universaliza su fracaso, el ocaso conserva los símbolos del espíritu y salva sus apariencias de nobleza. Cierta patetismo de la vejez *sienta bien* a una cultura en decadencia; incluso puede hacer de la calidad particular de sus pendientes una *gran época*. Entonces el individuo que forma parte de ella puede estar orgulloso del presente: tiene derecho a despreciar el pasado y el futuro. Está obligado incluso a hacerlo. Callando las antiguas glorias y mirando *desde lo alto* lo posible, se tiende en

la cama estética del refinamiento, ya no teme al tiempo, pero quien no lleva un Alcibíades en la sangre nada tiene que hacer en las épocas demasiado maduras. De joven es torpe; de viejo está agonizante. Incapacitado como está para respetar las reglas del juego —ahora bien, el espíritu es juego—, ¿se encuentra desposeído de sus capacidades!

Tomar *conciencia* del momento histórico de la decadencia no es cosa ardua, pero resulta extraordinariamente difícil sacar las *consecuencias* de ella, aceptar la verdad que nos impone la evidencia. Pocas personas se dan cuenta *lúcidamente* del complejo estilo de la decadencia, pocas tienen conciencia del fenómeno que la fuerza del devenir las obliga a vivir.

Una época alejandrina es una época de síntesis. En ella se cruzan todas las formas de cultura, pues carece de originalidad productiva y ya sólo dispone de un destino que resume balances y contabilidades espirituales. *Hundirse* con ese inmenso material, ¡qué suerte más envidiable! Pero, ¿cuántos están en condiciones de saborear ese exceso del decrecimiento? Para vivir vibrando el vacío desbordante del ocaso espiritual, no sólo hemos de educar nuestro sentido histórico, sino que, además, hemos de distanciarnos del mundo, cultivar cierta sensibilidad neroniana *sin la locura*, una inclinación por los grandes espectáculos, por las emociones raras y peligrosas, por las inspiraciones audaces. Quien no guste del equívoco atractivo de las encrucijadas, ¿qué puede buscar en estos tiempos en los que crujen las articulaciones de una civilización y fermentan formas nuevas en otras tierras? ¿El caos?

*

Francia, país del medio, entre el Norte y el Sur, es un Mediterráneo con un suplemento de bruma. En esa tierra en la que nacieron las catedrales y Pascal, el azul es obscuro y, aunque destaca por sus claridades, no por ello resultan éstas menos tachadas por sugerencias de obscuridad. Francia, en sus totalidades, es más profunda de lo que parece. Entre todos los países grandes, ninguno da la impresión —a primera vista— de más superficialidad. Se debe a que ha cultivado las apariencias, pero lo ha hecho *a fondo*: las ha cuidado; ha hecho jardinería. No tiene el sentido de los mundos subterráneos ni la persiguen las esencias, pero es el país del *fenómeno en sí*. Un paisaje de Monet —que agota la poesía de lo visible— la satisface. El impresionismo es la aparición más natural del arte francés, es en cierto modo la conclusión del genio francés. Si las apariencias lo son todo, Francia *tiene razón*. Ya no se puede decir gran cosa al respecto. Ha comprendido hasta las apariencias de la negrura. La probable falta de fundamento de la metafísica podría salvarla para la eternidad: una cultura de misterios fugitivos, pero sin misterio y sin genio salvaje.

Ésa es una de sus carencias constitutivas y la explicación de la calma visible de su decadencia. La borrasca de los sentidos —que los ingleses experimentan, pero

disimulan para dejar de vez en cuando que se desencadene— es lo que le falta a Francia.

¡Qué pálida parece al lado de Inglaterra! No hay un equivalente —ni siquiera menor— de Shakespeare.

Aun cuando una civilización entrañe, en virtud de su evolución, un germen de muerte y se dirija hacia su fin, un tumulto interior sugiere un estremecimiento de vida que cubre la inevitable descomposición, pero Francia —en todos los aspectos de su espíritu— se ha esforzado por ahogar su efervescencia primaria desencadenada en el hombre. El esfuerzo de estilización ha matado el genio salvaje y la originalidad pasional que tan bien sientan a los poetas ingleses y al fondo anglosajón. Nada hay en ella del sueño infinito de las grandes civilizaciones ni del miedo a los límites de la inmanencia, que fundan la llamada de la inspiración sin trabas: una nación apoética. ¿Acaso no es significativo que Baudelaire y Mallarmé —el primero, gran poeta; el segundo, gran artista— se alimentaran de la substancia poética de Inglaterra, que fueran *anglicistas* en la intimidad de su corazón y no sólo por formación intelectual? Francia no tiene una apertura suficiente al caos, al drama de la imperfección y a las gestaciones cósmicas. Una cultura acósmica es una cultura sin grandes poetas. ¿Qué puede oponer aunque sólo sea al prerromanticismo inglés?

¿Cómo traduciría a una lengua lineal los estados vagos, los incumplimientos monumentales? ¿Cómo los traduciría, en vista de que no los conoce? Los matices de la lengua alemana para expresar las variaciones de la tristeza le resultan ajenos. La pléyade de poetas del romanticismo alemán destacó en la gama de lo difuso, lo difuso que *abraza* el mundo. La poesía sólo se ejerce en las indeterminaciones metafísicas, en el vacío que se abre entre el alma y el cielo. Un Novalis es incompatible con el estilo de la cultura francesa, de la perfección fenoménica.

Francia ha opuesto *la elegancia* al infinito. A eso se deben todos los méritos y todas las deficiencias de su genio.

El espíritu se vuelve fisgón en el momento en que nada le parece más absurdo que la evidencia, pero, ¿qué es su elegancia sino un culto alimentado de evidencias? La densidad de la obscuridad en el fondo de una civilización sostiene su dinamismo, mientras que la suma de luz la condena a la esterilidad. Es la condena del equilibrio inmóvil, la supresión del ritmo y de la dialéctica. El racionalismo como forma de vida es la negación de la vida. Vivir de una vez por todas equivale a una crisis continua del *orden*. El propio progreso —que sólo se puede concebir como un tiempo *pleno*— es una ruina constante de la dimensión *formal* de la existencia.

Francia representa un tipo de cultura antidionisiaca. El éxtasis y la embriaguez del espíritu, la comunión en la confusión fecunda y la sonrisa equívoca del espíritu que transmiten el mundo místico no armonizan con la inclinación a las disociaciones, en la que destaca. El culto del contorno —el *dibujo*, en el plano espiritual— hace de ella una cultura no genial, pues todo lo que se mantiene en los límites de la forma, dentro de la pura apariencia, queda fuera del genio: un país con lagos de pensamiento, pero

sin sugerencia oceánica... Acabamos creyendo que el Siglo de las Luces se inmovilizó en una perfección despiadada, como una protesta contra el infinito. El sol, los mares y los continentes de los sentidos eran demasiado vulgares para penetrar en las abstracciones sin horizonte de los salones. Ninguna otra civilización ha pasado el Universo por un tamiz más fino, nunca el ojo ha sido más apto en cuanto órgano de la delimitación, y el *marco*, en cuanto símbolo de la perfección.

En España, un Van Gogh habría sido una aparición natural; en Francia, hay algo apocalíptico. El estremecimiento orgiástico no entra en los mapas del espíritu francés, que se ha definido por oposición al fondo del hombre y a los oráculos del alma, pero demasiada decencia conduce a una sensación de esterilidad y anquilosamiento. Nuestra necesidad de inmensidad busca en otras riberas una respiración para la orgía: Francia —con demasiadas cúpulas y demasiado pocas torres— es insuficiente para nuestras búsquedas tanto hacia arriba como hacia abajo. Las culturas acósmicas se debilitan en la mediocridad de las evidencias.

¿Sabréis, al contemplar la muerte de un pueblo, reforzar nuestras convicciones exiguas, alzaros con la furia del mal interior contra la tentación del contagio? La vista de las grandes disoluciones nos encona y nos endurece. El veneno socava nuestra orgullosa constitución, pero la voluntad de no perecer provoca la reacción. Negarse a apagarse, aunque se haya disfrutado con la marcha segura hacia la extinción. Convertir en destino propio la impugnación del destino, guerrear contra la fatalidad: ésa es la conclusión victoriosa de los espectáculos históricos. Aunque comprendo infinitamente mejor a los romanos del final, reblandecidos por el vicio, la incredulidad y el lujo, que a los de la grandeza, ásperos, sanos y confiados en sus ídolos, conservo en alguna parte el respeto de los altares de la ilusión y los templos nunca debilitados por la ironía. Cuando Catón el Viejo decía que dos augures no podían mirarse a la cara honradamente sin romper a reír, lo creo, no sin añorar las vitales supersticiones. Una vez abolidos nuestros símbolos por la lucidez, la vida es un amargo deambular entre templos abandonados. ¿Cómo seguir viviendo sólo con las ruinas de los dioses? La exhortación a existir me impulsa hacia el sueño de otros engaños; no me he arrastrado por las decadencias sin experimentar la necesidad de las mentiras vislumbradas. La palpitación de la savia requiere la conquista de un territorio desocupado; impulsos conquistadores nos agitan en los cementerios. El *Bárbaro* se ha despertado. Es la única respuesta —la de la vitalidad— a las dudas del conocimiento.

Cuando el instinto tiene la última palabra, disminuye el peligro de caer rodando por la pendiente de la desaparición. Quienes pertenecen a una cultura decadente ya no lo tienen, por lo que la salvación ya no es posible. La protesta de los reflejos contra la tentación de la decadencia supone un fondo secreto de salud y fuerza, que no ha agotado los reflejos crepusculares.

Y, además, existe en el individuo una avidez de ser que desarma las llamadas de la nada, una apetencia milagrosa por la existencia, que aplasta la complicidad

diletante bajo la nobleza equívoca de los crepúsculos. Sea cual fuere el placer que pueda brindarnos el desmembramiento de una civilización, mientras nuestras articulaciones resistan, seguimos siendo estetas con recursos primarios, por no estar ni bastante maduros —salvo en el pensamiento— para morir ni suficientemente podridos para irnos a pique, sino sólo bastante orgullosos para no dejarnos contaminar por engaños exaltantes. Mientras no hayamos depuesto las armas, mientras una vasta visión no nos haya roído completamente la médula, disponemos de la fuerza necesaria para afrontar cualquier espectáculo. Algo así como una furia moribunda yace en los estetas de la decadencia, pero prefieren la vista de la muerte a la muerte. La cuestión es: ¿hasta dónde se verán arrastrados en el juego fatal? ¿Hasta dónde podrán oponer resistencia a su mórbida atracción?

*

Toda una civilización situada *fuera de lo posible*. Tal es el sentido de una doble obsesión: individual e histórica. Un mismo ahogo en los latidos del corazón y el universo de los valores. El alma ya no garantiza el ritmo de aquéllos y ya no llena éstos de contenido. Un país sin alma deja de ser un peligro para sus vecinos.

El mundo eslavo se eleva, amenazante para Europa por su exceso de alma. Rusia tiene demasiada; Francia, demasiado poca. Constituyen el contraste más significativo imaginable: *se reclaman*, como la mañana y la noche. Las novelas de Dostoievski nos revelan la desolación *profética* del corazón del hombre; sus personajes son *héroes*. *Las flores del mal*: desolación carente de futuro; el individuo sufre sin poder actuar en una dirección del tiempo. La miseria psicológica del eslavo es fértil, dispuesta a acoger las oportunidades; los individuos tienen un destino... sobre todo cuando se descomponen, cosa que hacen por un exceso de vida. El final dostoievskiano es anunciador de mundos por venir; el final baudelairiano es el fin de una cultura, el vacío del alma y sus valores. Francia ya no tiene la energía que constituye la existencia de los héroes. Los rusos pueden ser negativistas, pues creen en las negaciones, que no son un simple espectáculo para ellos. Es la intensidad, y no la orientación, la que decide sobre la calidad de las convicciones. Éstas crean una persistencia en el espíritu, incluso cuando lo combaten. Una convicción es siempre un peligro, pues es una prueba de vida, mientras que la duda de la inteligencia sólo afecta a otras inteligencias.

Lo máximo que un francés podría realizar aún sería una existencia pascaliana sin grandes preocupaciones. Su única forma de futuro es un Pascal vacío... mientras que los rusos, en el otro extremo geográfico y espiritual, tienen tras sí la tradición interior de las sectas, de las capacidades absolutas de error y adherencia. *Rebosan* universo. Sólo les falta la *forma* para realizarse en el orden objetivo de la cultura. A los franceses sólo les quedan las formas. Los alemanes se sitúan en algún punto intermedio entre un mundo debilitado y otro [palabra ilegible en el manuscrito];

tienen *aún* un alma, pero pueden teóricamente contemplar sin desdén el nivel del devenir francés, pues están suficientemente lejos de sus comienzos para hacer abstracción, sin riesgo, de las cuestiones peligrosas que les plantea la Historia. Los rusos, por estar insuficientemente maduros desde el punto de vista de la cultura, tienen derecho a mirar a Francia *por encima del hombro*. No tienen los mismos problemas, pues respiran dentro de lo posible.

*

El riesgo que puede afrontar el individuo que flota por encima de las culturas es el *falso yo*, la pérdida de la medida y del gusto, el paso a dimensiones falaces, a fuerza de relacionarse con valores demasiado diversos. Las limitaciones de Francia son un antídoto contra el falso yo, son una barrera de clasicismo erigido contra las tendencias a la disponibilidad y a la ambigüedad, pues conserva un legado clásico hasta en su anticlasicismo, hasta en sus confusiones, en las que hay algo raciniano. El verso de Valéry, cargado de sentidos oscuros, proviene formalmente del autor de *Fedra*; lo ininteligible respeta las apariencias de la claridad y las profundidades sonríen en el *estilo*. ¿Existe una mística menos orgiástica y con éxtasis menos definidos que la de los franceses? ¡Y tantos santos clásicos, con tanto San Francisco de Sales y tantos impulsos sensatos!

Quien abraza demasiado falsifica el mundo, pero en primer lugar a sí mismo. Ya no tenemos medios para orientarnos al respecto, pero Francia es una escuela del abrazo limitado, una lección contra el yo ilimitado. Quien no ha pasado por ahí corre el riesgo de envejecer como aprendiz de las virtualidades. Un alma vasta encerrada en las formas francesas: ¡qué tipo de humanidad fecunda!

Aprendamos al menos eso en las encrucijadas históricas: a ajustar nuestros defectos a patrones válidos, a aprovechar la ruina de los otros y a endurecer la materia viscosa de nuestro espíritu, a evitar la pendiente de las elegías. Ya no se puede extraer de Francia contenido alguno, pero constituye un universo de modelos que el alma se apropia para no perder su capacidad y su seguridad. La falta de vida de un país va a prevenirnos contra los peligros de la vida. Del torbellino de los impulsos puros, la salvación sólo procede —en el plano cultural— de la expresión. ¿Engendrará el futuro una cultura de *orgías formales*? ¿Encontrará Europa una fórmula para conciliar el profundo desenfreno del eslavo o la depravación teórica del germano y la caligrafía intelectual de Francia? Éstas, por su parte, no darán más *substancia* al espíritu. ¿Darán los eslavos y los germanos vitalidad a sus formas? Es que no puedo imaginar país más desprovisto de *médula* que Francia. Ya no hay santa ilusión alguna —ahora bien, toda ilusión es santa— que dormite en adelante en sus huesos. Sólo el vacío y su vigilancia reinan aún en el espacio de las creencias que tocan a su fin.

Lo que necesita nuestra palpitación vital es una corrección categorial. El

patetismo desencadenado, sin imposición normativa, conduce a la desarticulación del espíritu, a un gótico desvergonzado que, por su impulso, reduce su estilo a nada. *Una barbarie en las categorías*: ése es el único medio de conjugar fértilmente la vida y el alma. Si no, lo irracional rebaja la cultura al nivel de los demasiado terrenales Balcanes, del mismo modo exactamente que el reino de los modelos abstractos conduce a la osificación de Francia. ¿Se definirá la paradoja de los tiempos que vienen mediante los éxtasis por [palabra indescifrable] y el culto de la geometría, mediante el abandono simultáneo a la pasión y al pensamiento?

Sueño con una cultura de oráculos en lógica, de Pitias lúcidas... y con un hombre que controlara sus reflejos mediante un suplemento de vida y no por austeridad.

*

Quien ha llevado las disoluciones hasta sus últimas consecuencias puede orientarse aún, mientras que quien ha permanecido entre ellas está perdido. Hemos vivido una descomposición, pero, si tenemos fuerza suficiente para ello, nos rehacemos; vibraciones ocultas nos devuelven al horizonte vital del futuro, pero no debemos juzgar nuestro valor en el reparto de las podredumbres objetivas. Hemos saboreado las nuestras hasta la saciedad; las otras no las saborearemos menos. La terapéutica menor de la moderación conduce al fracaso; la de la audacia, al desplome o al renacimiento. ¿Que hemos sido un cadáver entre los cadáveres del mundo? Entonces merecemos una primavera bajo otros horizontes. Con la Historia hay que luchar: con el pasado, ser tan despiadado como con el presente. Quien busca una época por timidez o erudición es apacible y cobarde. Consideremos toda la historia universal campo de desarrollo de nuestra bravura y, si carecemos del impulso guerrero, transformémoslo en sueño, para que el pretexto de la irrealidad excuse la siesta de nuestros instintos.

*

El fenómeno de la decadencia es la conclusión final de la maduración histórica. Una civilización más madura no representa un avance en los *valores*, sino en la vida. Es que no tenemos derecho alguno a considerar el desenlace un apogeo. La decadencia es al desarrollo ascendente de la vitalidad lo que la erudición al vigor del espíritu o la vejez al brotar de la fuerza. La esclerosis es el castigo que la vida merece por sus excesos. Francia paga los siglos de tumulto con la inmovilidad. Es una degradación de la que puede estar orgullosa y que puede estilizar mediante el cinismo. La nación que más ha predicado la idea de progreso se ve reducida a la exclusión de él. ¿Acaso no es una hermosa expiación y una sanción cargada de sentido? El concepto de progreso —en el plano histórico, un rechazo de la muerte—,

que germinó a partir del optimismo más dinámico y superficial, peca por su falta de base metafísica. Creer en una eterna e incurable progresión equivale a taparse los ojos para no ver lo esencial. La deficiencia metafísica del hombre moderno no puede revelarse más significativamente que en ese concepto y, como Francia lo ha encamado, es la primera en pagar sus consecuencias. Su precipitada decadencia cobra, así, el valor de un acto de justicia. La Historia la castigó por haber querido conferirle más de lo que podía y una dignidad para la que no está capacitada. Las generosidades son graves faltas teóricas, pero, sin ellas, una civilización no justifica su marcha bajo el sol. Revelan la capacidad de ilusión —de vida— que alberga un pueblo. Cuanto mayores son, más abrumador es el despertar. Es una semilla de quijotismo que indica las potencialidades internas de un pueblo. La civilización que crea es el fruto de dicha semilla. Cuando se ha agotado, el hombre se sienta al borde de su destino, con todos los valores procedentes de la savia del engaño fecundo, y cultiva su abatimiento en medio del arrepentimiento y del desencanto.

Francia no se ve sólo castigada irónicamente por su supersticiosa creencia en el progreso, sino también por todas las grandes y nobles fórmulas con las que ha disimulado su temporalidad. ¿Acaso no han expresado «*la civilización francesa*», «*Francia en el mundo*», bajo las concisas apariencias de su grandilocuencia, la idea de que el tipo de civilización francesa es única? ¿Y acaso ha tenido la adición del adjetivo *nacional* a todos los valores otro sentido que el de individualizar una forma de cultura considerada un símbolo universal? Pero, más que nada, ¿acaso no ha fijado «*la Francia eterna*» en dos palabras su engañoso esfuerzo por huir de la solución última, la del tiempo? Ningún excedente de prestigio verbal ha podido detener ni cubrir el desarrollo hasta sus últimas consecuencias. Que ningún francés haya vislumbrado «*la Francia mortal*» es, naturalmente, un olvido de la verdad debido al miedo, pero su contemporáneo extranjero no puede permitirse una esperanza falaz, cuando, para él, el sentido de la irreparabilidad histórica es una gloria que decora negativamente el alma.

*

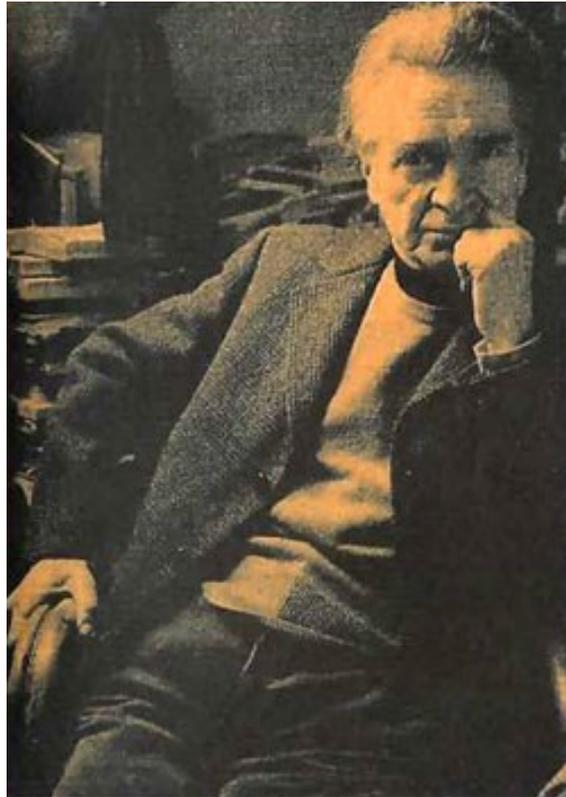
Un país es grande no tanto por el alto grado de orgullo de sus ciudadanos cuanto por el entusiasmo que inspira a los extranjeros, por la fiebre que transforma en satélites dinámicos a personas nacidas bajo otros cielos. ¿Acaso hay en el mundo un país que haya tenido tantos patriotas procedentes de otra sangre y otras costumbres? ¿Acaso no hemos sido todos, en las crisis, en los accesos o en las respiraciones duraderas, patriotas franceses? ¿Acaso no hemos amado a Francia con más ardor que sus hijos? ¿Acaso no nos hemos elevado o humillado en una pasión comprensible y, aun así, inexplicable? ¿Acaso no hemos sido numerosos los que, procedentes de otros espacios, la hemos abrazado como el único sueño terrenal de nuestro deseo? Para nosotros, que llegábamos de toda clase de países, de países desdichados, el encuentro

con una humanidad lograda nos seducía, al ofrecernos la imagen de un hogar ideal. Todos nosotros, que hemos perdido días y años por sus caminos, hemos vertido las inocencias de nuestro corazón en una ternura que no lamentamos, aun cuando, al hacerlo, hayamos perdido la posibilidad de ser un día fecundos en un suelo natal alejado por el espacio y más aún por nuestra *nostalgia*. Ya le hayamos entregado un día la mejor parte de nuestras convicciones o nos hayamos deleitado con las decepciones como con ocupaciones experimentadas, ¿qué otro país habría reunido homenajes y rechazos más halagadores? La habíamos mimado tanto, que en adelante ni ella ni nosotros encontraremos otra ocasión de encuentro lírico.

Ajustaremos cuentas bajo otros cielos, pero sin aliento y sin reverencia. Algo de ella ha pasado a nosotros, *algo* que ha aniquilado en nosotros la inocencia del alma. ¿Dónde encontrar estimulantes para otros alumbramientos ingenuos? La semilla de infancia que engendra el tiempo ha perdido su vigor en un país desprovisto de su futuro por un exceso de pasado. Nuestro vagabundeo hacia otra cosa resulta estrangulado con demasiada frecuencia por el empantanamiento en el mal de una nación a punto de acabar con su razón de ser. Nosotros llevamos sobre los hombros y en el pensamiento ecos de su fin. Tal vez por eso nuestras ideas presentan en cierto modo la monotonía del pulso y de las agonías seguras. Sea cual fuere la dirección, la meseta o el sendero por los que orientemos nuestros pasos, Francia no morirá sola, expiaremos juntos el gusto estafalario de la fugacidad y, sea cual fuere la esperanza que abriguemos, la carga de esa herencia volverá a arrojarnos —eso es seguro— desde el corazón del porvenir hacia sus confines.

1941 [a lápiz]

Manuscrito depositado en la Biblioteca literaria Jacques Doucet, Fondo Cioran.



E. M. CIORAN (Rasinari, Rumania, 1911-París, 1995). A los veintidós años publicó su primera obra, *En las cimas de la desesperación*. Su tercer libro, *De lágrimas y de santos*, fue un escándalo en su país. Cioran se instaló en París en 1941, donde terminó su tesis sobre Bergson y donde se dedicó por entero a la escritura. En 1946 renunció a su nacionalidad y adoptó el estatuto de apátrida. Un año después, con *Breviario de podredumbre*, inició su obra escrita en francés, lengua que hizo tan suya como el rumano. Entre sus libros, apocalípticos, irónicos y, en su mayor parte, aforísticos, pueden destacarse: *La tentación de existir*, *El aciago demiurgo*, *El ocaso del pensamiento*, *La caída en el tiempo*, *Ese maldito yo* o *Silogismos de la amargura*.

Notas

[1] *Itinéraire d'une vie*, Michalon 1995, pág. 112. <<

[2] *En las cimas de la desesperación*, 1934 [Tusquets, Barcelona 2009]; *El libro de las quimeras*, 1936 [Tusquets, Barcelona 1996]; *Transfiguración de Rumania*, 1936; *De lágrimas y de santos*, 1937 [Tusquets, Barcelona 2008] y *El ocaso del pensamiento*, 1940 [Tusquets, Barcelona 2006]. <<

[*] Las palabras en *cursiva* están subrayadas por el autor en el manuscrito. <<

[1] «El aburrimiento, la ociosidad». <<

[2] «El país del mal gusto». <<

[3] *Sehnsucht*, a la vez «languidez», «deseo ardiente» y «nostalgia»; la lengua alemana tiene ese concepto en común con el rumano que se expresa con la palabra *dor*. <<